



Esclava **Encadenada**

SUMISA SECUESTRADA Y
VENDIDA AL AMO MILLONARIO

AINA CASTILLO



ESCLAVA ENCADENADA

Sumisa Secuestrada y Vendida al Amo Millonario



Por Aina Castillo

© Aina Castillo 2018.

Todos los derechos reservados.

Publicado en España por Aina Castillo.

Primera Edición.

Dedicado a Carol y Amy

[Haz click aquí](#)

para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir libros gratis

I

Todas las mujeres lo veían al pasar. Todas lo miraban con rostro deseoso, con ganas de que él las escogiera. Él, sin embargo, caminó entre ellas porque desde siempre estuvo acostumbrado a la atención... Además, lo adoraba.

Estaba acompañado por unos cuantos tíos pero ninguno le llegaba a los talones. Él resaltaba entre todos por su altura y su cuerpo robusto y musculoso. Si aquello lo llamaba la atención lo suficiente, lo harían el par de ojos de color azul claro, la nariz recta, el mentó cuadrado y los labios ligeramente gruesos. El cabello rubio perfectamente cortado y el rostro afeitado, era el toque para que lo vieran como una especie de dios y él así se sentía.

-Sentémonos aquí. Hay muchas chicas esta noche, eh.

-Sí, esto va estar estupendo, tío.

Él no decía palabra, más bien sonreía porque el bar en donde estaba era uno de sus lugares favoritos. Luego de tomarse una copa, comenzó a hablar y a ser el centro de atención. El hombre resultó ser divertido, de paso.

Mientras hablaba, era imposible no sentirse atraído a ese magnetismo que desprendía su cuerpo. Hablaba y sonreía al mismo tiempo, exhibía la belleza de sus dientes blancos y cuidados, gesticulaba con sus manos fuertes y blancas, y el tono de voz era suficientemente alto para que todos lo escucharan. Sí. Sin duda le encantaba la atención.

Entre las carcajadas que produjo, entre la luz tenue y el murmullo que se mitigaba en el espacio de la terraza, él miró a una mujer increíblemente sensual. Alta, morena, de vestido negro corto que mostraban un par de piernas largas y torneadas. Su piel, además, reflejaba la luz de la luna como si fuera una fina seda.

La miró desde la distancia. Al principio lo hizo con un poco de desdén para atraparla y, cuando surtió efecto, concentró sus ojos en ella como lo hace un cazador con su presa. Meneó el vaso de vidrio y tomó un sorbo del Bourbon para hacerle entender que no faltaría demasiado en hacerla suya esa noche.

La chica se levantó de repente y caminó hacia la barra. Él aprovechó el

momento y se reunió junto a ella para decirle un par de palabras encantadoras. La hizo reír y listo, ya había caído en sus redes.

Después de una corta presentación, los dos se fueron en el Lamborghini de él. Rojo y brillante, descapotable para mostrar aún más que tenía el poder y el dinero para comprar un modelo así, pisó el acelerador y fueron a un hotel. Eso sí, no cualquiera.

Ella batía el cabello por el viento. Tampoco paraba de sonreír. En el primer instante se dio cuenta que estaba junto a un hombre adinerado así que estaba segura que la pasaría bien. Y si tendría suerte, quizás las cosas no se limitarían a una sola noche.

Sin embargo, no pasaba lo mismo para él. Sí. Le gustaba el sexo, mucho, pero no era muy asiduo a las relaciones estables. Prefería más bien la libertad de la informalidad. Un buen polvo y adiós, no más complicaciones.

Mientras estaban cerca, ella comenzó a acariciar la entrepierna de él. Gracias al juego de sus manos y dedos, no tardó demasiado para que se excitara un poco más.

Al llegar, aparcaron al frente de un lujoso hotel. La entrada estaba adornada por una gran fuente hecha de mármol negro y luces blancas que la hacían ver más imponente. Detrás, una serie de puerta corredizas que daban la bienvenida o despedían a quienes se hospedaran allí.

Apagó el coche, entregó las llaves a un valet y se apresuró en abrirle la puerta a ella. Le hizo un guiño y la llevó hasta el lobby en donde saludaron amablemente a una chica que les dio la bienvenida. Una rápida transacción después, ambos se dirigieron a uno de los elevadores.

Estando allí, él aprovechó para tomarla de la cintura y apretarla contra sí. Ella inmediatamente sintió el bulto de él entre sus nalgas. Cuando las cosas se calentaron un poco más, las puertas se abrieron finalmente para dejarlos salir. Caminaron como un par chiquillos traviesos entre besuqueos y caricias.

Él pasó la tarjeta de la habitación y entraron a una suite exclusiva. Muebles modernos, cama enorme, mini bar y un ventanal que daba vista a las áreas verdes del hotel. El inmenso campo de golf y las canchas de tenis, se veían diminutas desde esa altura.

Ella estaba impresionada pero quería retornar a los brazos de ese hombre tan

alto, tan fuerte, tan guapo. Dio unos pasos hacia él y prácticamente le fue encima, acariciándolo con ese deseo que quedó pendiente desde los elevadores.

Las manos de él fueron lo suficientemente ágiles para quitarle el vestido en un dos por tres. La dejó desnuda y ansiosa de más. Así que la colocó sobre la cama, acariciándola, chupando y lamiendo esos enormes senos. Hundió su cabeza en ellos y justo en ese momento su verga estaba a punto de romper el pantalón.

Se apresuró entonces en quitarse la ropa y sentir la piel desnuda de ella contra la suya. Ella jadeó un poco antes de tenerlo adentro. Se debió principalmente a que estaba impresionada por lo buen dotado que era y por ese cuerpo de muerte que tenía. Musculoso, lleno de fibra.

Al disfrutar de ese rostro de sorpresa, él introdujo la verga dentro de ella, haciéndola gemir inmediatamente. Ella enterró las uñas en su piel y aun así no fue suficiente para soportar las embestidas que él le dio a ella. Embestidas que la llevaron al borde de la locura.

Estando así, sintiendo el calor y la humedad de su coño, no pudo evitar colocar una mano sobre su cuello y apretarlo un poco. Aunque sabía que no estaba en una sesión, no pudo evitar controlar por completo su ser como Dominante. De vez en cuando se lo permitía y sobre todo cuando se trataba de relaciones casuales. Era una manera de mantener el equilibrio consigo mismo.

Después de un rato, escuchó que su compañera se corrió con él adentro. Sonrió con picardía y aprovechó para embestir aún con más fuerza hasta que le tocó su turno. Así pues, sacó su pene, se masturbó un poco y los chorros de semen le cayeron justo sobre esos pechos grandes y hermosos. Ella no paró de sonreír y de acariciarse, restregándose los fluidos calientes sobre su piel. Una sensación increíblemente satisfactoria.

Lo cierto es que después de esa vez, tuvieron varios polvos esa noche. El último, ella se corrió con un grito tan intenso que él pensó que todo el mundo la escucharía. Al final, dejó su cuerpo cansado en la cama, agotada y atontada. Ese momento, él aprovechó la oportunidad para levantarse e ir al baño.

Se miró en el espejo y abrió las llaves de agua para refrescarse un poco la

cara. Estaba cansado y también tenía ganas de irse a casa, así que terminó de lavarse las manos y se asomó en la habitación para decirle a su compañera. Sin embargo, la encontró dormida, plácidamente dormida, como si el mundo no importara.

Dio un respingo y se preparó para salir. Comenzó a vestirse y al terminar, ella seguía durmiendo. Pensó en dejarle una nota pero pensó que aquello la molestaría más.

Al final, Marcos dejó la tarjeta sobre la mesa de noche y salió sin más.

II

-El pronóstico es alentador porque detectamos la enfermedad en las primeras fases. Sin embargo, debemos apresurarnos para tener la situación bajo control.

El médico decía aquellas palabras que de repente perdieron sentido para Elena. Ella, sentada junto a su padre, trató de mantener toda la entereza posible pero fue más duro de lo que pensó. La idea de someter a su madre a una serie de viajes sin fin al hospital, le descompuso por completo.

-Queremos internarla esta noche. Está un poco débil y francamente me gustaría tenerla en observación.

Elena comenzó a hacer cálculos en su mente. Números iban y venían velozmente. No sabía cómo financiaría aquello hasta que se ocurrió vender un anillo de oro que le había regalado su abuela. Se estremeció un poco al pensar que debía sacrificar una prenda familiar aunque sería por su madre. Valía más que la pena.

-¿Deberá quedarse aquí por mucho tiempo?

-No, sólo un par de días. Sólo quiero que se sienta tranquila y relajada. Es un esfuerzo que todos tendrán que hacer para que ella pueda luchar contra la enfermedad.

Enseguida miró a su padre quien tenía la expresión ausente. Gracias a él, los tres estaban ahogados en deudas. El vicio del juego los dejó al borde la quiebra de no haber sido por ella.

-Perfecto. Gracias, doctor.

Se levantó de repente, extendió su mano y salió de consultorio para encontrarse con su madre.

-¿Ahora qué hacemos? No se me ocurre de dónde podemos sacar el dinero.

-Tengo una reserva. No te preocupes.

-Ay, hija. Qué horrible tener que arrastrarte en una situación como ella.

Aunque él dejó de apostar hacía meses atrás, quizás por un milagro, todavía

quedaron las secuelas de sus acciones. Incluso ella tuvo que dejar la universidad a medio terminar así como sus proyectos personales porque no podía con demasiados gastos. Dejó sus sueños a medio terminar y tuvo que esclavizarse a tres trabajos para llevar pan a la mesa. Estaba cansada, muy cansada.

Por fin entraron a la habitación en donde estaba su madre. Lucía débil pero tenía la mirada despierta.

-Ya sé todo. El médico me contó lo que está pasando.

-¿Cómo te sientes?

-Tengo un poco de hambre pero es normal. Siempre tengo hambre.

Ella rió por el comentario. Se sintió aliviada de que ella conservara todavía el sentido del humor.

-¿Por cuánto tiempo tengo que quedarme aquí?

-Un par de noches, dijo el doctor. Así que debo ir a casa a buscar unas cosas tuyas y traértelas después.

-¿Podrías traerme un poco de ese pudín de chocolate que me diste la otra vez? Es que me gustó muchísimo y me encantaría comerlo.

-Claro que sí, no lo dudes.

Elena se levantó de la cama y dejó a sus padres solos. Salió prácticamente corriendo del hospital para tomar el autobús que ya estaba en la parada. Tenía que apresurarse a pagar.

Fue a una casa de empeño a pocas calles de su casa. Se sintió un poco mal al dejar atrás aquello que tanto quería preservar. Era una herencia para ella y quizás para los hijos que tendría. Ahora iría destinado a pagar unas deudas que la tenían ahogada.

Recibió la paca de dinero, fue al banco e hizo un depósito para que pagar parte del tratamiento de su madre. Sabía que aquello no sería suficiente y que el tiempo se le agotaba. No sabía qué hacer.

Al terminar allí, fue a casa de sus padres para tomar algunos efectos de su madre. Un par de pijamas, pantufla, el libro de Anne Rice que estaba leyendo y cuatro envases de pudín de chocolate que compró en el camino. Metió todo en un bolso pequeño. De repente, sintió los pies increíblemente pesados y no

pudo seguir más. Así que se sentó sobre la cama y se sintió terriblemente abatida.

Todo el esfuerzo que hizo para contener las lágrimas se fueron por el caño y comenzó a llorar profusamente. Fue tanto que mojó considerablemente la camiseta que tenía puesta y dudó un momento si era prudente regresar tan pronto. El dolor era casi insoportable y dudaba seriamente si podía continuar con todo lo que estaba sucediendo.

Fue al baño, se lavó la cara y trató de arreglarse el cabello que ya estaba bastante despeinado para ese momento. Se miró y observó sus ojos azules oscuros con falta de brillo producto de la tristeza que sentía. Agachó la cabeza y deseó desaparecer con todas sus fuerzas.

En camino al hospital, pensó en lo que podía hacer. La cabeza le daba vueltas y ya no encontraba ninguna alternativa. Estaba cansada de tener que pensar y repensar. Deseaba el día en que pudiera relajarse plenamente y dejar los problemas a un lado.

Permaneció un momento en el silencio hasta que hizo de tripas corazón. Se levantó y se preparó para salir. Deseaba tanto un milagro.

A pesar de los problemas y las turbulencias, Elena era una chica que había ganado la capacidad de resolver problemas conforme pasaran. Gracias a ello, se convirtió en una persona muy resuelta e independiente. También desarrolló una inteligencia que cualquier podría envidiar.

Las dotes de Elena no sólo se quedaban hasta allí, desde que nació sus padres se sorprendieron por esos grandes ojos azules oscuros que parecían un par de zafiros. Eso, más la piel morena y el largo y espeso cabello negro, la hacían ver como todo un ser sobrenatural.

Era imposible no mirarla al pasar. Su nariz larga y un poco ancha más los labios gruesos, eran los toques que la hacían ver más exótica todavía. Aunque hubiera podido tener cualquier hombre a sus pies, ella realmente estaba concentrada en estudiar y trabajar.

Esto por supuesto significaba que el tema sexual era un ítem inexplorado. No tenía idea del tema aunque no podía ocultar los deseos de su cuerpo. Su primer beso, por ejemplo, le hizo darse cuenta que tenía fijación oral a tal punto que podría excitarse rápidamente con los besos. Quiso saber más, quiso explorar más de sí misma pero no podía, los problemas terminaban por

abrumarle los pensamientos.

Se subió al autobús que la llevaba al hospital. Mientras miraba por la ventana, escuchó una fuerte conversación de un par de chicas.

-Sí, tía, dicen que es una especie de mercado de esclavos pero todo esto, como te digo, legal. Nadie está por obligación o algo así. Pero bueno, eso es lo que dicen por ahí.

-Creo que lo que dices son gilipolleces, tía. Eso son cuentos tontos.

-Que te digo que es verdad. No tendría por qué mentirte. Una amiga fue para allá, que le gusta esas cosas, y me dijo que bien intenso, eh. Te encadenan tal y como si fueras un esclavo, y hacen pujas por ti hasta que te venden. Quien te compra puede hacer contigo lo que quieras.

-Suenan muy arriesgado eso, ¿no?

-Ni tanto. Cada quien pone las condiciones de lo que busca y de lo que no. Todo está organizado. Estoy que me animo para ir.

Justo cuando quería escuchar cómo participar, las chicas se bajaron en una parada antes que ella. Elena se quedó con la duda de que si realmente era posible hacer algo así, algo tan arriesgado.

Sin embargo, pensó en el dinero. Una suma importante a cambio de algo aparentemente tan sencillo, no sonaba nada mal. Estaba tan sumergida en los pensamientos que casi estuvo a punto de perder la parada. Se espabiló y bajó rápidamente hasta que se topó con la entrada del hospital.

Caminó unos largos y solitarios pasillos hasta que dio con el ala donde se encontraba su madre. Ella dormía junto a su padre, por lo que hizo todo el esfuerzo de no despertarlos. Se sentó en una silla cerca de la cama y respiró profundamente, ansiaba llegar a su piso y relajarse un rato.

Estuvo allí un par de horas. Luego de una conversación tranquila ambientada por la entrega de un par de pudines, Elena se despidió de su madre y dejó a su padre encargado de cuidarla toda la noche.

Salió de nuevo con la idea viva en la cabeza. No paraba de imaginarse viéndose a sí misma en un escenario tan fuerte como ilustraron las chicas. Sin embargo, iría a casa para despejarse de todas las dudas.

Dos autobuses después, Elena se bajó en una parada desierta a pocos metros

del edificio en donde vivía. El lugar era limpio pero de aspecto viejo. Aunque no podía jactarse del flamante sitio en donde vivía, al menos se le inflaba el pecho en decir que lo había alquilado por sus propios medios.

El edificio todo de ladrillos rojos, contaba con una pequeña entrada conformada por una puerta de madera verde. Sacó las llaves, escuchó el clic y entró sin mayores dificultades. Subió unas estrechas escaleras hasta llegar a la puerta de su piso. Sólo tres por pasillo. Cualquiera pensaría que se trataba de un lugar grande pero no era así, lo cierto es que las viviendas las hacen cada vez más pequeña.

El piso tipo estudio, sin embargo, tenía una gran ventaja además de ser un espacio propio. Tenía un ventanal que daba hacia la plaza más cercana, así que era muy agradable encontrar la luz del sol entrar por las mañanas. Era uno de los pocos placeres que se permitía.

Dejó las llaves en una pequeña mesa y fue hacia la estrecha cocina para prepararse algo de comer. Más bien lo hizo por costumbre que por sentir la necesidad de llevarse un plato de comida a la boca.

Un sándwich y una cerveza fue todo lo que le pareció apetecible así que aprovechó para acomodarse en la sala, encender la laptop y comenzar a investigar sobre aquella conversación que llegó a escuchar en el autobús. Así pues que se concentró en comer y en teclear el respecto.

Primero se detuvo para pensar cómo comenzaría la investigación. Incluso llegó a preguntarse por qué se estaba tomando tantas molestias para ello. Sin embargo, su instinto le gritaba que debía seguir adelante, que debía probar y olvidarse de todo lo demás.

Aunque dudaba seriamente de que aquello fuera la respuesta a sus problemas, a Elena le pareció buen punto de partida los foros de sexo. Asumió que estaría relacionado al tema según lo que recordó de la conversación.

La búsqueda, sin embargo, se extendió más de lo que pensó. Había poca información y sentía que tenía ganas de lanzar todo por la borda. No obstante, se percató que en varias ocasiones se repetía la misma palabra: BDSM.

Al principio la ignoró pero después pensó que aquello debía ser una especie de indicio. Así que buscó en Wikipedia para tener más información y halló que aquellas siglas hablaban sobre el sadismo, masoquismo, fetichismo, sumisión, dominación y un montón de conceptos más.

Se impresionó aún más cuando exploró sobre el tema con un poco más de profundidad. Encontró imágenes, comentarios y blogs sobre las experiencias de los Dominantes y sumisos. Detalló el nivel de entrega de estos y el compromiso que adquirirían para con la relación. Incluso también se topó con malas experiencias pero sintió que era conveniente leer al respecto para tener una mejor idea de lo que podría encontrar.

A medida que estaba sumergida en las implicaciones de esas palabras, sintió una enorme curiosidad de experimentar la sumisión. Las emociones relatadas en los blogs de chicas sumisas, encontró un nivel de placer y plenitud que pensó no existían. En ese momento, sintió que se abrió la caja de pandora de sus emociones y sentimientos sobre el sexo.

Se echó para atrás para estirarse un poco. Mientras, cerró los ojos para imaginarse cómo sería sentir el roce de las cadenas en su cuerpo, el encontrarse desnuda ante la mirada de quien era su dueño, el experimentar el dolor y el placer al mismo tiempo. Se percató, además, que se había perdido de ese mundo, que había perdido la parte de su juventud luchando contra la corriente. Pero trató de consolarse a sí misma con la idea de aún estaba a tiempo.

Volvió a retomar la vista en la pantalla. Supuso que la conexión a esa compraventa de esclavos y demás tenía que ver con aquello del BDSM. Así pues que volvió a punto de inicio para buscar lo que tenía en mente.

Después de un largo rato, después de batallar con el sueño y el cansancio, Elena dio con una palabra que le indicó que iba por buen camino: La Puja. La encontró en un foro de esclavos y esclavas en el cual intercambiaban consejos e información actualizada.

Uno de ellos habló puntualmente de sentirse nervioso por participar en tal evento.

-Esto es.

Siguió indagando hasta que se topó con un grupo privado en Facebook. Solicitó ingresar y cruzó los dedos para que aceptaran la solicitud. En menos de cinco minutos, recibió la notificación de que había entrado. Nunca pensó que se toparía con un mundo tan oscuro pero al mismo tiempo atrayente.

“La Puja es un evento en donde hombres y mujeres participan por libre albedrío. Como grupo, estamos en contra de prácticas violentas que pongan

en peligro el bienestar físico y mental de los participantes. Es por ello, que quien no respete las reglas aquí explicadas, serán sancionados con la denuncia y expulsión”.

El texto, mucho más largo, contemplaba normas muy claras sobre la participación. De hecho, hizo énfasis varias veces en acotar que todas las relaciones eran consensuadas y que, tanto esclavos como Amos, debían colocar los límites y preferencias antes de participar. Elena incluso pudo ver fotografías y relatos sobre las pujas anteriores. Tuvo una idea más clara al respecto.

Sin embargo, el punto álgido sucedió cuando miró una cifra que le hizo brillar los ojos: 10 mil dólares por una esclava. Se quedó impresionada, básicamente por la suma de dinero y por lo mucho que podría ayudar a su familia. Tendría suficiente para pagar las deudas y hasta podría pagar parte del tratamiento de su madre. Esos números en la pantalla fue lo que le incitó a dar el próximo paso. Se postularía para La Puja.

Tomó lo último que quedaba de cerveza como si estuviera buscando un poco de fuerzas extras para hacer lo que tenía pensado. Abrió una pestaña para comenzar a escribir un largo mensaje al administrador para que le permitiera participar. Dejó en claro que era una novata y que no sabía del tema, sin embargo, estaría ansiosa de participar porque de alguna manera el BDSM era lo que estaba buscando para darle a su vida un vuelco diferente.

Le dio a envidar y volvió a volcar sus esperanzas ante esa respuesta que tanto estaba esperando. Vio la hora y notó que era demasiado tarde, de seguro no recibiría una respuesta inmediata.

Bajó la tapa de la laptop, recogió la botella y los restos de migas de pan y fue hacia su habitación la cual no estaba muy lejos de allí. Se quitó la ropa rápidamente y se echó sobre la cama. De repente, todo el cansancio, la rabia, el agotamiento mental y la desesperación, fueron suficientes para que no dejara pensar en ese largo mensaje que envió. Así que se dedicó a cerrar los ojos, se forzó a descansar para dormir un poco. Le hacía demasiada falta.

III

-¡Ja, ja, ja, ja! GANÉ.

La carcajada de Marcos le hizo sentir que tenía una racha excelente. Estaba eufórico y esa noche en el casino iba mejor que nunca.

Retiró las fichas y las cambió. Recibió unos 200 mil dólares. Mucho más de lo que esperaba y más aún después de haber pasado tanto tiempo sin jugar. Junto a él, una rubia despampanante, no dejaba de mirarlo como si fuera un dios. Estaba encantada de verlo con ese porte hombre seguro y sensual que resultaba siempre en una imagen arrolladora.

Marcos la sostenía en la cintura y de vez en cuando le besaba. Sí. Ciertamente era una mujer hermosa.

Tan popular con las mujeres como siempre, Marcos era un imán que atraía modelos, actrices famosas y chicas elegantes de la alta sociedad. Si quisiera, podía escoger con estar con una persona diferente todos los días.

Aunque la idea le resultaba atractiva, Marcos trataba de tomarse las cosas con calma y más cuando estaba cerca de los 37 años. Pero claro, era muy difícil desprenderse de esa vida divertida, de clubes, de discos, de bares, de fiestas, mujeres, tragos y demás. Él era siempre el alma de las fiestas.

La vida ajetreada se le presentó desde muy joven y sobre todo al provenir de una familia poderosa y adinerada. Tenía todo lo que quisiera y más pero él se convenció de que tenía que hacer su propio dinero para no depender de nadie.

Estudió Comercio al mismo tiempo que trabajaba en una cadena de comida rápida. Salía de las clases corriendo para no perder su sustento y fue allí cuando aprendió lo importante de cada centavo. Comenzó a familiarizarse con el ahorro y la inversión, e incluso compró su propio coche. Un modelo viejo y destartado, además.

El orgullo de haberlo logrado por sí mismo, le llevó a seguir estudiando y preparándose. Poco a poco, también acumuló dinero que le sirvió para hacer su primera empresa. Gracias a su éxito, se convirtió en las próximas promesas del mundo de los negocios y hasta le valió aparecer en la portada de revistas y periódicos. Por supuesto, eso también se debió a que era

increíblemente atractivo.

La fama y el dinero trajeron consigo también el acceso a círculos exclusivos en donde se encontraban empresarios de altos niveles. Se acostumbró rápidamente al lujo y a las comodidades. Tenía sentido para alguien que había hecho demasiados esfuerzos para alcanzar sus objetivos por mérito propio.

Mientras disfrutaba del éxito, Marcos también descubrió un hecho muy importante para él. Era un tipo que le gustaba tener el control. Bueno, decir que le gustaba es quedarse un poco corto a decir verdad.

Encontraba placentero que sus órdenes se hicieran sin chistar y que con sólo unas cuantas palabras, tuviera el poder de cambiar lo que quisiera. Cuando estableció su primera compañía, se percató de ello y pudo lidiar con ese sentimiento por un tiempo. Sin embargo, aquella sensación que se le caló en los huesos y supo que tenía que probarlo en otro ámbito... Pero, ¿cuál?

La cabeza no le dejó de dar vueltas hasta que encontró una respuesta. Leyó las características generales de un Dominante y casi saltó de la silla al sentirse identificado casi por completo. Estaba feliz por una parte porque había dado con aquello que no sabía pero por otro lado pensó en cómo podría ser capaz de expresar eso en el mundo real.

Por suerte, no faltó demasiado para descubrirlo. Conoció a una chica en una página de solteros y adeptos al BDSM. Ella, desde su experiencia como sumisa, le instruyó tanto como pudo. Para ella fue una experiencia interesante porque exploró aún más sus dotes y para él fue un redescubrimiento en el sexo.

En cada sesión, iba mejorando sus habilidades poco a poco. Se volvió controlador a tal punto en que le gustaba que le pidieran permiso para llegar al orgasmo y hasta que le rogaran por sexo. Supo también que le gustaba causar dolor y que le agradaba la idea de hacer suspensiones por lo que tomó intensivos de cuerdas y amarres. Estaba tan entusiasmado que además aprendió carpintería. Esas habilidades le servirían para armar muebles para las sesiones con su sumisa.

Todo iba de viento en popa hasta que ella le dijo que se mudaría a otro país. En ese momento, se dio cuenta que lo de ellos no se limitaba solamente a lo sexual. Marcos tenía sentimientos por ella, aunque nunca se los confesó.

Le ayudó a preparar sus cosas, a vender algunos bienes y hasta la acompañó al aeropuerto. Ella lo abrazó diciéndole que era un gran amigo y se fue dejándole el corazón destrozado. Tiempo después sabría que esa apuesta de ella se debió a que había conocido a un hombre.

Desilusionado, Marcos decidió que no se daría mala vida por las relaciones. Prefirió ser todo un mujeriego y salir de juerga cuando le fuera posible. Eso sí, siempre cuidando de sus bienes y de sus lujos.

Por otro lado, el BDSM se convirtió en la arena en donde podía desplegar todos sus gustos y excentricidades. Dejó de conocer sumisas esporádicas a formar parte de una sociedad que le permitió resguardar su identidad. Es decir, podía ser el Dominante que quisiera sin tener que preocuparse que alguien lo delatara. Aun así, comprendió que no estaba demás andar con cuidado.

Esto también le permitió algo más, aparte de sesiones cortas. Conoció las perversiones de otros y trató de entenderlas a cabalidad. Algunas cosas no eran lo suyo pero se sintió cómodo al saber que todo el mundo respetaba las inclinaciones de los otros. De hecho, una vez conoció un chico que no le importaba el tema de la sumisión ni la dominación, incluso el sexo podía pasar a un segundo plano.

Lo que realmente le gustaba era ver a la compañera sexual de turno usando pañales o mojando la ropa interior voluntariamente. Para Marcos esta inclinación le pareció extraña pero bien la supo respetar. Es un mundo que se presta para muchas cosas.

Con el paso del tiempo, fue testigo de una serie de eventos en donde se convocaba a cualquiera que pudiera identificarse entre las siglas BDSM. Las fiestas y/o reuniones, buscaban reunir a tantas personas posibles con el fin de brindarles un espacio en donde se expresaran libremente.

Allí conoció las exhibiciones estilo pony play, desfiles de trajes para littles y brats, y hasta muestras de máscaras y látigos hechos de manera artesanal. Lo más curioso, además, era que se trataban de personas con profesiones y oficios de todo tipo... Y todos cabían en el mismo lugar.

Aunque ya se había acostumbrado a ver cualquier cantidad de personas y manifestaciones, había algo que le producía un enorme morbo aunque no se había atrevido a participar: La Puja.

Aquella práctica tenía ya bastante tiempo de establecida e inicialmente sólo era para un pequeño grupo, entre Amos y esclavos (tanto hombres como mujeres). Los miembros definían un momento del año para realizar el evento. Optaban por reunirse en una casa de cualquiera de los Dominantes y quienes se prestaban a ser “vendidos”, irían con escasas indumentarias para que los compradores vieran mejor la mercancía.

Entre las reglas de La Puja, tanto esclavos como Amos, dejarían por escrito sus límites y preferencias las cuales serían leídas detenidamente por cada participante. Esto ayudaría a dejar en claro los términos de la asociación y así evitar situaciones conflictivas o incómodas.

Por varios años se manejó con absoluta discreción pero después se optó por extender la invitación a la totalidad de miembros BDSM de la ciudad. Así ellos permitirían conocer un aspecto diferente.

La primera vez de Marcos resultó impactante para él. Le invitó un amigo y colega del mundo de negocios.

-Fliparás cuando veas cómo se mueve esto, tío. Es la ostia.

Dijo su amigo sonriendo casi rayando en lo fanático. Los dos fueron a una amplia casa de dos pisos en una de las zonas más exclusivas de la ciudad. En los alrededores se encontraban coches de lujo. Marcos interpretó aquello como una clara señal de que allí se encontraba la crema y nata de la sociedad.

Entraron y se encontraron con un ambiente de luz tenue, con olor a tabaco y whiskey. Los compradores estaban sentados y organizados en varias hileras de sillas frente a la enorme chimenea. Allí estaba dispuesto un espacio para que los esclavos y sumisos posaran ante los presentes.

El amigo de Marcos se sentó en una silla reservada para él en una de las primeras filas.

-Venga, hombre.

Él dudó un poco pero se colocó junto a él. Así pues que comenzó a admirar todo con cuidado. El decorado barroco y antiguo, en par de lámparas altas de estilo Art Decó apostadas a los lados de la chimenea.

Las alfombras de color bordó que servían para delimitar el espacio. Incluso hasta notó los decorados de flores que también otorgaban un olor dulce al ambiente. Era como si estuviera en un ambiente surrealista, demasiado para

asimilarlo de una vez.

Miró a su alrededor y miró a hombres canosos, adinerados, mujeres con escotes pronunciados y faldas cortas. Individuos con rostros severos y apacibles, con carteles numerados en sus manos, esperando la ocasión para usarlos.

De repente, un hombre alto, de cabello negro corto y vestido con traje cerrado, se colocó en el medio de ese espacio, dirigiéndose al público.

-Buenas noches, estimados invitados. Esta noche tenemos un repertorio selecto tomando en cuenta sus gustos y preferencias. Hemos escogido a un grupo que sabemos será de su agrado. Les repito las reglas: sin agresión, sin violencia. Los Amos y Amas podrán levantarse de su asiento para revisar su compra luego de efectuarla.

>>La señorita Apple, que está allá, se encargará de cobrar la inversión. Así que les pedimos orden en todo momento. Los esclavos y esclavas usarán máscaras para la protección de su identidad. Solicitud que el grupo pidió días antes del evento. Confiamos que han leído las condiciones de cada uno de los participantes. Sin más nada que agregar, y si no tenemos más preguntas al respecto. Bienvenidos a La Puja.

El ambiente se volvió más sereno y hasta tenso. Marcos, aunque no iba en plan de compra, estaba ansioso. Se preguntó si sería lo mismo para los esclavos.

El anfitrión presentó a una chica. Mientras hablaba, ella salió con una máscara que le tapaba los ojos, con cadenas en el cuello, muñecas y tobillo. Nada más. Estaba completamente desnuda.

Ella era de piel clara, cabello castaño y ojos verdes por lo que pudo observar. Pechos grandes, caderas pequeñas y largas piernas. Marcos prestó atención en cómo sería la puja. Al poco tiempo de presentarse, miró una serie de carteles que bajaban y subían sin parar, incluyendo la de su amigo.

-50 mil dólares es la última oferta. 50 mil a la una, 50 mil a las dos, ¡VENDIDA! Felicitaciones al caballero de la primera fila. Por favor, no olviden el número de la mercancía y pagar a la señorita Apple.

-¿Qué te parece?

-Es... Es increíble.

-Y esto está tranquilo. He ido a varias pujas y está repleto de gente, tío. Te sorprenderías.

-¿Tienes pensado llevarte a alguien a casa esta noche?

-No lo sé. Esta chica es como me gustan pero ya veremos cómo nos va en la noche.

-Oye, tengo curiosidad por algo. ¿Cómo es el proceso de compra?

-Tú y el dinero son cosas inseparables, ¿no?

-Venga, quiero saber.

-A ver, el comprador ofrece equis cantidad de dinero que recibirá el esclavo en cuestión. Ellos se quedan con el 15% de la transacción. Y todos felices.

-Así que todo es por la plata...

-En parte sí y no. Estamos hablando de cada quien sabe el valor de lo que comprará. Aquí hay sumisos experimentados y dispuestos a darte todo el placer que quieras, Marcos. El dinero lo vale. Eso lo tienes que saber mejor que nadie. Así que no está recibir algo de dinero pero también tendrás placer. Todos salen ganando... Además, es sumamente adictivo. Que te lo digo.

Marcos estaba incrédulo, aunque tuviera una opinión de alguien que sabía del tema. Permaneció sentado allí durante parte de la noche hasta que su amigo pudo comprar la compañía de una chica negra de afro.

-Me voy, tío. Esta noche me divertiré a lo grande.

-No lo dudo.

Lo miró irse y de inmediato sacó su móvil para pedir un Uber. Mientras esperaba, siguió prestándole atención a la dinámica de la situación a la que estaba. Los esclavos miraban directamente al suelo, tenía una actitud sumisa en todo momento. Algunos que lograban comprar, se levantaban de sus sillas y apartaban sus adquisiciones para revisarles el cuerpo.

Tocaban las piernas, las cinturas, espaldas y hasta el cabello. Marcos se sintió contrariado ya que aquello era una especie de invasión al espacio personal pero después recordó que se trataba de algo que ya había sido hablado. No había ofensas porque eso estaba en los acuerdos de La Puja.

Minutos después, tomó sus cosas y salió de la casa. Caminó unas cuantas

calles abajo donde ya estaba en chófer del Uber. Se subió, dijo un rápido saludo y se fue a casa con la cabeza hecha un revoltijo.

La Puja había sido ese apartado en su vida que le provocaba probar y no estaba muy seguro de hacerlo. Quizás se lo permitiría. ¿No sería además un buen regalo de cumpleaños?

La chica que estaba junto a él, esa rubia explosiva, demandaba su atención a cada rato. Pidió un trago para ella y se alejó cuando miró un mensaje de su amigo comprador.

“Este fin de semana es La Puja y cae perfecto para tu cumpleaños. ¿Qué tal si lo hacemos divertido. Déjate se gilipollecés y decídete. De verdad que no te arrepentirás. ¿Qué dices? VENGA.

El mensaje lo hizo sonreír. Cada vez le seducía la idea de hacerlo. Miró hacia al frente y miró a la mujer que le enseñó lo provocativo del escote.

... La Puja lucía como la mejor forma de celebrar su cumpleaños.

IV

Elena permaneció parte de toda la mañana sumida en la angustia. Mientras estaba en el café, sirviendo mesas, esperaba la respuesta del mensaje que envió la noche anterior.

Tuvo que disimular que estaba de buen humor mientras caía en cuenta que esa posibilidad de resolver sus problemas financieros se hacía cada vez más remota.

Bebió varias tazas de café y no se atrevió a probar bocado alguno. Estaba con los nervios de punta.

-Eh, Elena, es tu hora de almuerzo.

-Vale, gracias.

Se fue a la parte posterior de la cocina para sentarse en una pequeña mesa de metal que estaba cerca del lavaplatos. Se sirvió un pequeño plato de ensalada y pan porque la verdad no tenía ganas de comer y aquello era lo más sencillo para digerir. Se sirvió un vaso de agua, y se llevó las manos a la cara. Quiso desplomarse pero escuchó el móvil. Lo tomó entre sus manos y el pecho se le comenzó a acelerar.

Efectivamente se trataba de la respuesta que tanto estaba esperando. Cruzó los dedos y ansió recibir buenas noticias. Ahí mismo comenzó a leer:

“Hemos recibido tu mensaje y hemos decido que formarás parte del grupo de esclavos y sumisos que participarán en la próxima puja. Es importante que nos coloques tus datos, número de banco, gustos y límites. Mientras más franca, mejor, ya que esto también lo leerán los Amos para que sepan las condiciones del trato. Puedes confiar plenamente que la información será confidencial y bien cuidada. Quedamos atentos”.

Elena sonrió como nunca, incluso comenzó a llorar en ese micro espacio. Trató de contenerse para que la gente no la viera. Por primera vez en mucho tiempo comenzó a ver luz al final del túnel.

Devoró el plato que tenía frente a ella y se apresuró en escribir tan rápido como pudiera. Pensó en las múltiples posibilidades y las colocó todas. Al final, cuando casi se halló satisfecha, pensó en un último detalle: su

virginidad.

Estaba asustada pero también se percató que era necesario ser sincera al respecto. Colocó aquello en lo último y dejó el móvil sobre la mesa. Esperó un poco más y recibió una respuesta casi al instante.

“Te informamos que eso incidirá en el precio en subasta. Es decir, es posible que sea mayor al momento de señalar esta característica. Sin embargo, es algo que dependerá en el momento de hacer la puja. De todas maneras, quedamos agradecidos por la información ya que lo importante es que te sientas segura de expresar tus dudas y comentarios. Quedamos atentos por tienes más que compartir”.

Elena se sintió segura de haber hecho esa confesión sin sentir ningún tipo de rechazo al respecto. Terminó de colocar las especificaciones y cerró el trato. La Puja sería el sábado a las 10:00 p.m. Una de las condiciones sería presentarse desnuda con la posibilidad de usar una máscara. Luego de saber estos detalles, también se encargaron de decirle que recibiría el dinero a su cuenta y que ellos recibirían una comisión del 15%. Elena no lo pensó demasiado. Necesitaba el dinero con urgencia.

Terminó la hora de almuerzo con una amplia sonrisa al mismo tiempo que sentía una especie de nervio en su interior. Quería que las cosas salieran bien para ella y para su familia.

-Estas son tus propinas. Tuviste un muy buen día, Elena. Si sigues así, de seguro termines como gerente.

El jefe de meseros le entregó un sobre con una buena cantidad de dinero.

-Gracias, sería una oportunidad que me gustaría tener.

Tomó el sobre y lo metió en el bolso. Con las mismas, fue al hospital para pagar un poco más dinero para que no discontinuaran el tratamiento. Fue a la habitación de su madre y la encontró dormida.

-Ella está respondiendo bien. Le aplicaron la quimio en la tarde y terminó cansada. Es una mujer muy fuerte. –Le dijo la enfermera.

-Sí. Ella es así. Gracias por estar atenta y por cuidarla.

-No se preocupe.

La mujer la dejó sola con su madre. Elena tomó una silla y la arrimó

lentamente, haciendo lo posible para no despertar a su madre. Se sentó junto a ella y comenzó a hablarle despacio.

-Encontré una oportunidad de trabajo. Estoy muy contenta por eso. –Suspiró-. Espero poder darte el mejor tratamiento posible y también ayudar a papá con las deudas. Las cosas saldrán bien, mamá. Ya verás.

Permaneció con ella unos instantes hasta que el cansancio la convenció de irse a casa. Como estaba segura de que la cuidarían, se fue con un poco de tranquilidad en el corazón.

En el regreso, se imaginó a sí misma en La Puja. Se imaginó con las cadenas y estando desnuda. Horas antes, le pidió al Administrador que le permitieran usar una máscara. Además, también recibió indicaciones sobre cómo debía actuar: mantener la mirada gacha lo más posible y permanecer tranquila.

“Debes recordar que debes adoptar una postura sumisa. Cuando estés en la puja, dejas de ser tú para convertirte en una esclava. Le pertenecerás a alguien y serás de esa persona por un tiempo”.

Tuvo la tentación de retirarse, de pensar en otra cosa, sin embargo ya todo estaba planificado. Además, la tentación de probar un mundo completamente diferente y desafiante también la atraía. Era la oportunidad perfecta que quería aprovechar, deseaba salir de su zona de confort y de enfrentarse a otros retos.

Tendría que esperar tres días para La Puja. Elena tenía que presentimiento de que las cosas cambiarían por completo... No tenía la más remota idea de que así sería.

IV

Marcos se miró en el espejo mientras terminaba de arreglarse. Un traje azul marino de rayas blancas muy finas, camisa blanca y una corbata roja con estampado de bacterias. Zapatos negros muy lustrados, pañuelo haciendo juego. El cabello tan bien peinado como siempre y el rostro rasurado.

37 años no es una cifra que se dice muy fácilmente. Por un lado, no se sentía viejo aunque tenía el presentimiento que mucha gente lo vería así, sobre todo los millenials. Se rió un poco y terminó de acicalarse.

Después de mucho pensarlo, se decantó por La Puja. Pidió una invitación y la recibió de manera muy formal. Una tarjeta de papel de hilo color marfil con su nombre corto escrito en dorado. Recibió la correspondencia en casa para evitar tener que dar explicaciones en el trabajo y así delimitar lo que era personal de la oficina.

A diferencia de otros años, ya no iría a una disco o a un bar, ya no estaría rodeado de mujeres y de tragos. Esta vez quiso probar algo diferente y una puja de sumisas no sonaba para nada mal. Quería saber qué tan cierto era que se podía disfrutar algo así, el tener a disposición a alguien dispuesto a cumplir sus fantasías.

Revisó su cartera y se aseguró que tenía todas las tarjetas disponibles para usar. Visa, MaterCard, AmericanExpress. Todas las quisiera y más, porque bueno, le gustaba también ostentar del poder adquisitivo que tenía.

Tomó las llaves del Lamborghini y el móvil, un flamante iPhone X que acaba de comprar. Antes de salir, se roció un poco de su perfume favorito. Se regaló unos segundos más de vanidad y salió a por La Puja.

Miró de nuevo la invitación para recordar la dirección del evento. Introdujo las instrucciones en el GPS del coche para que lo guiara en el camino. Tomó el volante con ambas manos y apretó el acelerador, dando la marcha a esa impresionante máquina.

Después de unos veinte minutos, Marcos llegó al lugar. De nuevo, una gran casa en medio de los elegantes suburbios de la ciudad. Una zona exclusiva. Aparcó a unos cuantos metros de la entrada, salió y se frotó las manos. Estaba ansioso por lo que estaba por suceder.

El presentimiento de que pasaría una velada interesante, se volvió cada vez más intenso cuando entró a la casa. A diferencia de la primera vez, esta tenía una vibra diferente. Tenía una decoración minimalista, limpio y con mobiliario moderno. Además, había unos jardines en donde pudo ver que allí estaban concentrándose los asistentes. Arregló su traje y bajó la larga escalinata.

Pasó por una amplia sala que estaba acomodada como la primera puja que había asistido. Una hilera de sillas frente a un espacio vacío en donde se presentarían los esclavos. Por suerte, ya estaba familiarizado con la situación.

Logró llegar al jardín principal y vio un crisol de personajes. Por supuesto, todos tenían en común esa vestimenta de marca que daba entender que eran personas de dinero y poder... Como él.

Un mozo a medio vestir, le ofreció una bandeja con una serie de cócteles. Marcos asumió que se trataría de algún sumiso que se prestó para la ocasión.

De repente, se presentó esa figura larga y espigada. El mismo hombre blanco pálido, vestido de negro.

-Buenas noches, estimadas damas y caballeros. En pocos minutos comenzaremos La Puja. Les recuerdo algunas normas. Todos los pagos serán procesados por la señorita Apple que está por allá. Así que, el momento cuando suceda, les pedimos orden, por favor. Por otro lado, cada uno sabe cuáles son las condiciones de los esclavos.

>>Por ende, es importante que escojan sabiamente. Podrán tocar la mercancía luego de haber realizado el pago, aunque nos hemos asegurados que todos los participantes cumplen con lo mínimo requerido. Cabe destacar, que algunos del grupo prefirieron usar máscaras para ocultar su identidad aunque garantizamos la confidencialidad de todos los presentes. No duden en acercarse para manifestar cualquier duda o comentario. Estamos para servirles. Si no hay nada más que agregar, por favor, pasemos a la sala.

A ese punto, Marcos estaba verdaderamente entusiasmado. El corazón le latió con fuerza ante la posibilidad de obtener una esclava. Se colocó en uno de los primeros puestos, tomando el cartel con su número y una pequeña lista con los números posibles según la información facilitada. Le llamó la atención la número 7. Una chica en la veintena que era virgen. Sintió una especie de morbo por lo cual estaba ansioso por probar lo que era estar con una.

Comenzó la presentación en poco tiempo, las luces se volvieron un poco más tenues y salió un chico completamente desnudo con un bozal. La Puja había comenzado.

Marcos se mostró interesado en uno que otro prospecto pero nada le llamó la atención. Sin embargo, se entusiasmó un poco cuando escuchó que anunciaron la número 7.

-Damas y caballeros, continuamos con la número 7. Una esclava particular ya que se trata de una joven completamente nueva en el BDSM, por lo que su Amo o Ama, podrá moldearla según su gusto. De piel morena, cabello negro largo y unos peculiares ojos azul oscuro, esta dama nos recuerda una belleza exótica.

Marcos se quedó impresionado por ella. Las cadenas en el cuello, muñecas y tobillos, la hacían lucir como esa imagen de esclava perfecta. Sólo tenía un vestido corto de color blanco opaco que acentuaba la hermosura de sus caderas anchas y de sus pechos. Piernas gruesas y lustrosas así como el resto de su piel.

El cabello se veía espeso y abundante. De labios gruesos, ojos grandes que se quedaban un poco ocultos tras una máscara del mismo color de la diminuta prenda. Era evidente que estaba nerviosa ya que lo pudo notar en su lenguaje corporal.

Recordó en ese mismo momento, recordó que era ella quien era virgen así que de inmediato comenzó a pujar.

-50 mil.

-Muy bien, empezamos con 50, damas y caballeros. ¿Quién da más?

Los carteles empezaron a desplegarse por los aires. Marcos era uno de ellos que estaba empeñado en quedarse con la chica, sin embargo, estaba volviéndose una puja bastante apretada.

-El señor del fondo ofrece 300 mil, ¿quién da más?

Para sus adentros, Elena no pudo creer en la suerte que tenía. 50 mil dólares era demasiado, incluso pensó que no pasaría de los 500 pero ahí estaba. Viendo cómo pujaban por ella. Sin embargo, deseaba quedarse con ese tío de traje y corbata que estaba sentado a pocos metros de ella.

Tenía las piernas cruzadas, el mentón cuadrado y los ojos azules más claros que jamás había visto. El color rubio de su pelo perfectamente peinado, así como la blancura de su piel con tonos rosáceos en las mejillas. Los labios ligeramente gruesos que dejaban entrever unos dientes blancos y rectos.

Tan elegante, tan impecable, no paraba de mirarlo por más que lo evitara. Sintió un magnetismo muy grande hacia él y deseaba fervientemente ser de él.

-700 mil. –Dijo Marcos con tono grave.

La sala quedó en silencio ante semejante cifra, incluso el anfitrión quedó perplejo cuando escuchó esa cantidad de dinero.

-Bien, el caballero ofrece 700 mil. ¿Quién da más? ¿Quién da más? –Silencio absoluto- 700 a la una, 700 a las dos... VENDIDA.

Chocó el martillo de madera contra la superficie del atril dando fin a la puja. Marcos miró concentrado a la chica y ella se fue a otro lado para proceder a encontrarse con él.

La llevaron a una habitación en donde le quitaron las cadenas y le entregaron sus ropas: un vestido negro y un par de sandalias altas.

-Te llamarán para avisarte que la transacción estará completa. Recuerda, si no se cumplen cualquiera de los apartados establecidos, el Amo puede reclamar el dinero en su totalidad. ¿Entendido?

-Sí.

-Bien. Respira profundo y buena suerte.

Salió a la sala y miró hacia todas partes hasta que se encontró con él quien estaba recibiendo una tarjeta.

-Es todo, señor. Muchas gracias.

Elena lo miró más impresionada aún. Era un tipo guapo, guapísimo. Con una presencia aplastante. No sabía muy bien si tenía que ver con su altura o con su contextura, pero sí tuvo bastante claro que la mezcla de todo hacía una combinación impresionante. Trató de acomodarse el cabello y de alisarse el vestido. Dio unos cuantos pasos hasta encontrarse con él.

-Hola... Soy la número 7.

-Hola, número 7. Me llamo Marcos. ¿Qué te parece si vamos al jardín y nos tomamos algo?

-Sí, seguro.

Marcos terminó de hacer un par de cosas y guió a Elena hacia el jardín principal. Allí se encontraron con varios Amos ya con sus esclavos, hablando, conversando. Se sentaron entonces en una pequeña mesa cerca de la piscina. Él llamó el mozo y tomaron un par de copas de vino.

-Salud.

-Salud.

Ambos bebieron un sorbo aunque ella lo hizo más porque estaba nerviosa.

-¿Cómo te llamas?

-Elena.

-Bien, Elena. Leí que eres nueva en esto. ¿Qué tan nueva? ¿Sabes qué es el BDSM?

-Sí. Estuve investigando al respecto pero no he tenido oportunidad de experimentar el proceso que conlleva, así que soy toda una novata.

-Vale, ya veo. Entonces, ¿no te da miedo todo esto?

La pregunta tenía sentido. Una chica como esa no estaba muy consciente de todas las situaciones que estaba por enfrentar. Por otro lado, Elena no podía decir la verdadera razón por la que estaba allí y menos por la cantidad de dinero que había recibido. Podría ayudar a sus padres y a sí misma, así que debía mantener el norte.

-Quería experimentar algo nuevo, lanzarme al ruedo con todo, sin importar lo que representara. Así que estoy aquí para vivir nuevas experiencias.

-Vale. Entonces quedará de mi parte darte toda la información y guía posible. Aunque, cambiando de tema, tengo entendido que eres virgen. ¿Te incomoda hablar al respecto?

-Realmente no. Es como cualquier otra cosa, la verdad.

-Bien, me alegra. Puedo entender que sea un poco difícil hablar al respecto. Ahora cuéntame, ¿por qué no has tenido experiencias previas? ¿Existe alguna razón en particular?

Por un momento, estuvo tentada en decirle que todo se debió a la falta de tiempo y energía debido a sus problemas familiares. Así que trató de darle una razón más o menos creíble.

-Bien, sí he tenido oportunidades pero digamos que siempre hubo algo que me frenó por completo. Incluso a veces sentía que mi cuerpo no iba a avanzar y simplemente no podía. Sé que suena absurdo pero es así.

-Para nada, cada quien tiene sus razones. Así que no te preocupes.

Ella sonrió ante la comprensión de él.

-Verás, Elena, hoy es mi cumpleaños y como habrás visto, lo estoy celebrando de una manera muy diferente. Por lo general estaría en una fiesta pero esto sin duda se lleva todo los créditos de una noche interesante. –Le dijo mirándola a los ojos- Eres una chica hermosa pero no dudo que habrás escuchado esto infinidad de veces, así que ¿qué tal si nos vamos de aquí y vamos a un sitio más íntimo?

Elena comprendió que ahora debía valer el precio tan alto que habían pagado por ella. Así que asintió y se mostró dócil ante estas palabras galantes. Aunque, no obstante, estaba halagada que un tipo como ese, le dijera eso.

Se levantaron y se dirigieron a la puerta principal, escabulléndose de la puja que todavía continuaba. Por un lado, Elena estaba aliviada de que las cosas habían pasado, o al menos una parte de ellas. Se acercaron al Lamborghini rojo y ella exclamó sorpresa al verlo. Por supuesto, Marcos tomó esto como un masaje a su ego.

Tras abrirle la puerta, los dos se subieron y se encaminaron a un bar. Si bien Marcos quería celebrar su cumpleaños a lo grande, sabía que debía andar con cuidado, especialmente por ella. Por más aventurera que se sintiera, seguía siendo una novata.

Era la primera vez en mucho tiempo que Elena se había olvidado de los problemas. Pasaba por las elegantes calles, con las manos afuera y con el pelo ondeándole con el viento. Tenía una sonrisa en el rostro mientras tenía los ojos cerrados.

Se adentraron a una zona bohemia de la ciudad. Las calles repletas de restaurantes y bistrós, de panaderías artesanales y hasta salas de arte. La vida que tenía a esa hora de la noche era impresionante, la gente iba y venía sin

problemas. Caminando y hablando.

Elena perdió parte de su niñez y juventud y estar allí le hacía sentir que estaba cerca de recuperar todo eso y más.

-Este es un bar con cerveza artesanal. Es deliciosa. Ah, también tienen buenas tapas. Sinceramente es uno de mis lugares favoritos.

Le vio sonreír y se sintió como si el mundo se le moviera debajo de sus pies.

Aparcaron uno metros más adelante del lugar y caminaron hacia un lugar hermoso y bien cuidado. La fachada era de color azul muy vivo, con letras ornamentadas en plateado. Además, había un gran ventanal que permitía ver lo que había adentro: un grupo de mesas en un espacio blanco y amplio en donde los comensales podían moverse sin problema. La verdad es que tenía más aspecto de café que de bar, sin embargo, Elena estaba deslumbrada por encontrarse con un mundo lleno de posibilidades.

El lugar, tal como lo había visto desde afuera, era amplio y de aspecto moderno. Del techo colgaban largos cables negros de donde colgaban bombillos de gran tamaño. Sin embargo, la luz era tenue lo que le daba un ambiente acogedor. Elena estaba aliviada de que estuviera bien arreglada para la ocasión.

Se sentaron en una mesa un poco apartada del tumulto. Marcos estuvo caballeroso y amable en todo momento. No parecía un tipo demasiado frío, más bien era lo contrario. No obstante, Elena se recordó a sí misma que no debía adelantarse a los acontecimientos, ya que con el paso del tiempo, la gente comienza a mostrarse tal cual es.

Marcos, por otro lado, estaba un poco ansioso. Por un lado ansiaba probar la piel de esa chica tan hermosa. Se percató que ella llamó la atención de la gente desde el momento en que entró al lugar. Esa tez iluminada y hermosa, los ojos, el cabello, ese andar sensual. No era para menos.

Ciertamente se sentía como un hombre poderoso e imbatible. Le gustaba rodearse de mujeres hermosas. Pero Elena tenía algo diferente, algo que no terminaba de descifrar.

Tomó la carta y miró los tragos y cócteles.

-A ver, ¿se te apetece algo?

-¿Qué te parece esa cerveza artesanal de la que me hablaste?

-Excelente. Tomemos algo refrescante. A pesar que es de noche, hace un poco de calor, ¿no crees? –Le guiñó el ojo y ella sintió cómo la sangre se le fue directo a las mejillas.

Después de ordenar, esperaron por las cervezas y por unos pimientos rellenos. Marcos se acercó un poco a ella para comenzar un poco el ambiente de intimidad. Elena comenzó a sentirse nerviosa, por lo cual se enderezó un poco y pensó que era un buen momento para preguntarle algunas cosas.

-Marcos, ¿desde hace cuánto eres Dominante?

Él, sin moverse un poco, miró hacia la derecha como empezando a recordar.

-Mmm. La verdad es que no recuerdo exactamente. Diez años, un poco más o un poco menos. No tengo una fecha exacta. Pero sí, ha sido bastante tiempo. Vaya, creo que nunca lo había visto de esa manera.

-¿Qué ha sido lo mejor que has aprendido?

-Varias cosas. Con el paso del tiempo aprendes muchas cosas de ti mismo. Entiendes cuáles son los límites y lo que verdaderamente te gusta. Además, entiendes también el proceso por el que pasa la sumisa, al menos en mi caso. Te vuelves más observador y detallista. Son características que todos debemos tener como Dominantes. Es importantísimo.

Luego de llegar el par de cervezas y de tomar unos cuantos sorbos, las preguntas de Elena continuaron.

-¿Por qué es importante el observar?

-Bien, es muy sencillo perderse en las sensaciones. Sin embargo, tienes que aprender a observar a la otra parte. Si algo le gusta o molesta, puedes continuar o no. Hay quienes que no expresan de inmediato sus emociones por lo que tienes que hacer un esfuerzo extra. Además, -Dijo acercándose- ser Dominante va mucho más allá de azotar y follar, es una responsabilidad y es algo que no todo el mundo asume como adulto.

Ella estaba impresionada por la forma en cómo decía aquellas palabras. Se volvió serio y severo. Aun así, no perdió esa chispa vivaz que tenía cuando se expresaba.

-Estar en este mundo por tanto tiempo te permite también saber quién asume

el compromiso de verdad. Hay gente que sólo busca pretender y eso es muy peligroso porque lo pueden usar contra ti. Si te soy sincero, un tío como yo tiene mucho que perder. Tengo empresas y negocios, hay gente que depende de mí.

>>Cualquier rumor de algo, podría destruirme por completo. Es por ello que es un círculo cerrado en donde impera el respeto por la identidad del otro. Cada persona que forma parte de este grupo, está consciente que arriesga muchísimo de su vida normal y deposita la confianza de que su identidad será protegida por otros. Cualquiera que se atreva a desafiar las reglas, tendrá que asumir las consecuencias.

Elena comenzaba a comprender cada vez más y mejor en el mundo en el que estaba formando parte. Aunque lo había leído, aunque lo había investigado. Era muy diferente escucharlo de primera mano de un hombre que tenía más que suficiente experiencia.

-Siento que estoy hablando demasiado de mí. No quiero aburrirte con detalles tontos.

-Para nada, estoy muy interesada porque es vital que entienda todo esto.

-Tienes razón. Esa era otra clave del BDSM, la comunicación. El decir lo que quieres, lo que buscas, lo que deseas y tus límites con franqueza y transparencia, es un fundamental para la relación. De lo contrario, todo se volverá cuesta arriba. Antes de hacer La Puja, nos entregaron información de todos ustedes. Con esto, evitamos problemas y malos ratos.

Siguieron bebiendo y hablando. Elena estaba comprendiendo el BDSM y cada vez sentía que estaba preparándose mejor para quedar embebida en ese mundo. Por otro lado, Marcos estaba ansioso por probar su regalo de cumpleaños, así que apretó el paso. Quería que las conversaciones dejaran de ser diplomáticas y muy serias.

-¿Cómo te sientes? –Dijo colocándose frente a ella. Muy junto a ella.

-Nerviosa... -Exclamó Elena con sinceridad.

-No haré nada que no quieras. Eso te lo aseguro.

Sin embargo ella quería todo. Por alguna razón, ansiaba quedar entre sus brazos, por probar sus labios, esos mismos que parecían llamarla sin parar. Los ojos azules claros que se le clavaban en su mirada. El porte y la

masculinidad que exudaba. Tenía tantos modos y tantos gestos que la hacían pensar que ella debía caer en la tentación sin pensarlo demasiado. Elena no quiso escaparse más, incluso olvidó el dinero, las deudas de su padre, la enfermedad de su madre. Ahora ese momento era sólo para ella.

Marcos le tomó parte de la mejilla y la acarició suavemente.

-No muerdo... A menos que eso te guste.

Ella no pudo evitar sonreír y justo en ese momento, él la besó. Primero lo hizo suavemente y con lentitud. Marcos pudo sentir lo nerviosa que Elena estaba. Así que la abordó con su cuerpo para que ella sintiera su calor y su deseo.

Poco a poco, se volvió más apasionado e intenso. Elena estaba entregándose a él sin resistencia. Estaba embebida por el aroma de su cuerpo y cabello, por la suavidad de su traje y de la piel de su rostro. Aunque quiso explorar más en su boca, Marcos se detuvo porque estaba seguro que en cualquier momento terminaría por quitarle la ropa como un salvaje y hacerla suya sobre esa mesa de madera.

-Déjame pagar y nos vamos a mi casa, ¿te parece?

Ella, en medio de la emoción y la agitación, apenas pudo asentir.

Se levantó para pagar la cuenta y también para tomar tiempo para relajarse. Estaba seguro que de seguir besándola, terminaría de tener una erección. Marcos, acostumbrado a tener siempre el control, se sorprendió de estar en una situación así, como si ella tuviera una especie de poder sobre él.

-¿Nos vamos?

Ella asintió y volvieron salir. El cielo de esa noche estaba completamente despejado y fresco, como si tuviera las condiciones ideales para disfrutar al máximo. Ella respiró hondo y se subió al flamante coche que parecía flotar por el asfalto.

Paralelamente, Marcos estaba ansioso por descubrir las maravillas del cuerpo de Elena. Tanto el vestido de La Puja como el que estaba usando en esos momentos, le sirvieron para tener una idea más o menos clara de sus curvas. No obstante, también pensó que debía ser delicado con ella. Una persona con nula experiencia en BDSM y además virgen. No podía ser tratada como las demás.

Se adentraron en otra zona exclusiva de la ciudad. Elena no paraba de mirar a su alrededor porque se percató que pasó muchos años de su vida en una burbuja de calamidades. Estando con él, se percató que había perdido demasiado tiempo en problemas y que no se dio la oportunidad de disfrutar las cosas como debía y quería.

Llegaron a una urbanización cerrada. Marcos pasó una tarjeta magnética por un lector en la entrada de la misma. Esto era con la finalidad de garantizar privacidad y seguridad a quienes vivían allí. De inmediato pasaron por una serie de casas y mansiones de lujo, con arquitecturas modernas y de líneas simples.

Los garajes estaban repletos de coches de lujo y el césped de los jardines y entradas, era lustroso, como si fuera hecho de seda. Las aceras e incluso el asfalto parecían nuevos. Esa imagen de elegancia le resultó un poco chocante a Elena quien vivía casi en el extremo opuesto. Recordó las calles y los alrededores de donde vivía.

El caos del tráfico, los llantos de los bebés a todas horas, el ruido incesante. Ahora que estaba allí, encontró todo tan tranquilo y en silencio que casi deseó que pudiera estar allí por tiempo indefinido.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos cuando llegaron a la entrada de la casa. Pasaron por una reja negra que se abrió automáticamente y arribaron en pocos minutos.

Era una casa de dos pisos con paredes de concreto y vidrio. Unas pocas luces iluminaban el camino de gravilla hacia la puerta. En los alrededores, ese mismo césped limpiamente cortado, pequeños arbustos y un gran árbol en uno de los laterales de la casa, el cual le daba un aire más bien nostálgico al lugar. Elena imaginó que debía tratarse de un lugar hermoso por las tardes y las mañanas.

Él se acercó a la puerta y la abrió en pocos minutos. Al dejarla pasar con la misma galantería de siempre, se encontró con un hogar precioso. Lo primero que vio fueron unas escaleras negras que conducían al piso de arriba y las cuales tenían paneles de vidrio a los lados. Más hacia adelante, se encontró con una amplia sala que también contaba con un ventanal en el fondo.

Gracias a ello, independientemente si era de día o de noche, el lugar siempre estaría iluminado. Las paredes estaban decoradas con arte abstracto y el techo

contaba con largas lámparas similares al del bar que visitaron. Los muebles, en su mayoría, eran de colores oscuros lo que daban ese toque masculino.

El suelo de parqué resplandecía. Elena también se encontró maravillada con una especie de biblioteca que, además de albergar libros, también se encontraban adornos de varios países. Aviones y modelos de coches en miniatura eran los más comunes.

La cocina era abierta y con artefactos modernos, todos de color cromo. Sin embargo le llamó la atención un ventilador de aspecto retro.

-Es muy lindo.

-Era de mi abuela. Solía jugar con él cuando era niño, ni sé por qué. Cuando murió, me lo dejó y lo tengo aquí conmigo. Es una forma de recordarla.

-Pues, va bastante bien con el resto.

-Ja, ja, ja. ¿Te parece? Creo que tienes razón.

No todos los días tenía la oportunidad de encontrarse en un sitio así, entonces trató de recordarlo todo diciéndose a sí misma que así vivía el resto de la gente.

Elena dio unos pasos hacia el ventanal y se quedó admirando la tranquilidad de allí. Justo después, sintió las manos de Marcos sobre su cintura y su rostro hundido en el cabello de ella. Sintió la forma en cómo percibió el olor de ella, sintió la firmeza de sus manos en la cintura, el calor de su piel contra la de ella. Sintió que no faltaba demasiado para dejarse vencer.

Poco a poco comenzó a perder el miedo. Pensó que estaba cerca de algo pero que no sabía qué. Aunque tenía ganas de racionalizar las cosas, no podía hacerlo porque su cerebro estaba concentrado en otra cosa. Lo mismo que su cuerpo. Cerró los ojos y se concentró más en los que estaba experimentando en ese momento.

De repente, sintió cómo él la giró para encontrarse con ella de frente. Se miraron mutuamente por un rato. Marcos subió las manos para acariciar el rostro ansioso de Elena.

-¿Te sientes bien?

-Sí, sólo un poco nerviosa.

-Si quieres dejamos esto para después. Recuerda que no se hará nada que no

quieras. Es una regla fundamental que tienes que tener presente. ¿Vale?

-Vale... Pero sí. Sí quiero continuar. Permíteme hacerlo.

Él, inmediatamente, adoptó una actitud más fuerte y dominante. La tomó para sí con determinación y la besó de nuevo. Esta vez, sin tanta dulzura de por medio. Sus manos tomaron su cuello y nuca, apretando suavemente. Su boca se abrió más dejando que las lenguas se tocaran entre sí. Marcos chupaba y lamía con desesperación. Al hacerlo de manera tan intensa, se pudo dar cuenta de lo ansiosa que estaba por estar con él.

Mientras seguían besándose, Elena pudo percibir el calor y el endurecimiento de la entrepierna de él. Pensó inmediatamente en lamer su glándula, en morderlo, en tenerlo entre sus labios. Deseaba llegar a ese punto.

Marcos le tomó por el brazo y se dirigieron hacia las escaleras negras. Subieron poco a poco, con él como guía. Ella se impresionó aún más al encontrarse con un completo piso para él. Los ventanales, que llegaban hasta el techo, también permitían que la luz entrara en ese piso.

Al volver la mirada a la habitación como tal, vio una amplia cama, más ventanales, un amplio clóset que iba de derecha a izquierda, una baño que, por lo que pudo ver, era bastante amplio, muebles de madera, un televisor pantalla plana y una consola de videojuegos con un par de controles encima. Era como la habitación de un niño pero más grande.

Finalmente llegaron y continuaron con lo que dejaron pendiente en la sala. La ansiedad de Marcos hizo que sus manos comenzaran a desvestir a Elena lentamente. En cada paso, se aseguró que ella se sintiera cómoda de lo que estaba pasando. Por dentro, además, estaba agradecido con su amigo por haberle insistido a ir a La Puja. Había obtenido un regalo más que increíble.

El vestido cayó al suelo y por fin dejaron desnudo ese cuerpo, sólo para él. Efectivamente sus caderas anchas lucían divinas y muy provocativas, los pechos de tamaño mediano con esos pezones pequeños pero duros y erectos. Las piernas gruesas y el cabello que caía sobre los hombros como una cascada de ébano. Los ojos grandes y azules de ella, tenían una mirada de temor pero también de excitación. Marcos fijó la vista hasta su coño que lo logró ver como el deseo que por fin estaba por manifestarse.

Antes de abalanzarse sobre ella, se aseguró de quitarse el saco así como la corbata. Quería sentirse un poco más cómodo. Desabotonó un par de botones

y arremangó las mangas para tener un poco más de movilidad. Cuando sostuvo la corbata en una de sus manos, la dejó allí. Tendría un uso para ella después.

Dejándola sobre la cama, Marcos avanzó para besar de nuevo a Elena. Ella le tomó por los anchos hombros y lo miró fijamente. De nuevo sintió el calor de la lengua de él que se entremezclaba con la suya, devolviéndole esa sensación de perdición que tenía junto a Marcos. Era como si perdiera la capacidad de dominarse.

Él poco a poco, la llevó sobre la cama hasta que la dejó tendida sobre ella. Su enorme cuerpo quedó sobre el suyo hasta que los labios de Marcos comenzaron a descender. Pasó por su cuello, por las clavículas, los pechos. Sus manos los apretaron y sus dientes se dedicaron a morder un poco, sólo un poco. Esto fue suficiente para que ella no parara de exclamar gemidos cada vez más fuertes.

Siguió bajando hasta que se encontró con la ligera protuberancia del hueso de la cadera. Sacó su lengua para lamer la piel y también para hacerla que se excitara aún más. La miró y la encontró con los ojos cerrados, con la boca entreabierta y con las manos sobre el cabello de él, acariciándolo. Continuó entonces con esa ruta de placer hasta que llegó al coño.

Respiró suavemente sobre la piel y enseguida ella se estremeció. Marcos sonrió con malicia y lo volvió hacer. Cuando se encontró satisfecho, colocó sus manos sobre esa lustrosa piel morena y enterró su cabeza para llevar su boca esos carnosos labios vaginales.

El primer contacto de su lengua con la carne de su nueva esclava, le aceleró el pecho como nada en el mundo. La besó y la lamió con hasta que la escuchó gemir fuerte. Se quedó allí, chupándola hasta que se concentró en su clítoris.

Una especie de corriente eléctrica recorrió su cuerpo desde la planta de los pies hasta la punta de la cabeza. Echó su cabeza hacia atrás y sus manos tomaron las sábanas con fuerza como para tener algo que la conectara a la realidad. Ansiaba demasiado que esa sensación no terminara, que miraba sin parar si Marcos seguía comiéndosela.

Producto de la excitación, también comenzó a reír. Esa risa se volvía intensa cada vez que la lengua de él se adentraba en el ella, follándola. Luego de unos minutos así, él tomó uno de sus dedos y lo metió con cuidado,

procurando que seguía chupándola. Quería saber si era posible excitarla más de lo que ya estaba.

Elena pensó que algo dentro de ella iba a explotar. Ninguna de las sensaciones que tuvo a lo largo de su vida se le pareció a semejante cosa. Era como si fuera algo que no tuviera nombre. O más era difícil de explicar. Sí. Era eso.

Siguió así, perdiéndose en esa nube de sensaciones, perdida en la boca de él, en las caricias que le hacía en las piernas, en los apretones que le daba, incluso en sus gemidos. Llegó a sentirse tan bien que podía morir en ese momento y hacerlo sin problemas. Siendo feliz. Feliz y plena.

Ella entendió el sentido de la vida en las lamidas de un hombre como ese, en un hombre que sabía cómo tocar y como besar. No podía estar en mejores manos... Literalmente.

Marcos sintió la estrechez de su coño por lo cual siguió masturbándola poco a poco. Primero fue un dedo y después lo hizo con dos. Escuchó un poco sus alaridos y lo hizo suavemente como para no hacerle daño.

Después de un rato, se incorporó para acomodarse mejor. Mientras se quitaba el resto de la ropa, con cierta dificultad debido a la excitación, miró a Elena tendida sobre la cama como una Venus. Se apresuró entonces en quedarse desnudo hasta que por fin lo logró.

Elena, en medio de su excitación, miró con detalle el cuerpo de Marcos. La espalda ancha, los hombros fuertes, la fuerza de sus brazos y el musculado de sus piernas. Sin embargo se impresionó aún más cuando vio su pene. Una verga gruesa y venosa, con un glande rosáceo, largo y completamente erecto. Estaba tan duro que prácticamente estaba en un ángulo de 90° en comparación con su cuerpo.

Ella no pudo evitar sentir un poco de miedo, pensó en el dolor que podría sentir y casi estuvo a punto de renunciar. Sin embargo, pensó que había llegado demasiado lejos como para dejarse vencer tan fácilmente, además, estaba muy excitada. Como si ese estado casi la llevara a un trance.

Fue entonces cuando sintió que él se acercó a ella lentamente, como si conociera la profundidad de sus pensamientos.

-No te preocupes. No te haré daño.

La besó suavemente mientras acomodaba sus piernas y brazos sobre la cama. Luego de encontrarse satisfecho por cómo estaba, tomó su gran pene con una de sus manos y comenzó y se tocó un poco. Ella lo miraba fijamente a los ojos hasta que sintió la presión en su coño.

Apenas experimentó el dolor, llevó sus manos a los brazos fuertes de él. Gimió con cada vez más fuerza a la vez que él la penetraba. Marcos procuró en hacerlo suave, en ser delicado y respetando las sensaciones que ella estaba experimentando. Cada vez que iba más dentro de ella, miró las mejillas de ella encendidas. Ese rubor hermoso e intenso la hacía ver más bella que nunca. Sus grandes ojos azules lo miraban mientras jadeaba de dolor y placer.

La cadera de Marcos hizo un movimiento rápido, embistiéndola con fuerza. Esto con el fin de meterlo por completo y quedarse allí por un rato. Ella gimió por el dolor y aprovechó para llenarla de besos y caricias.

-¿Estás bien?

-Sí... Por favor. Por favor, sigue.

Logró decir estas palabras como pudo. Así pues que Marcos decidió que se quedaría allí un rato más para que ella se acostumbrara a las sensaciones. Siguió abrazándola con el calor de su cuerpo hasta que retomó el movimiento de la primera vez. Se echó un poco para atrás y volvió hacia adentro. Oscilaba de adentro y afuera, de manera constante, uniforme, sensual.

Elena dejó de sentir esa presión y dolor para experimentar un placer indescriptible. La verga de Marco se sentía deliciosa, increíble. Mordió sus labios con fuerza en la misma medida en la que él la follaba como el macho Dominante que era.

Marcos no pudo evitar llevar una de sus manos a su pelo para jalarlo, su boca fue a uno de sus pechos para morder de nuevo el pezón. Elena gemía sin parar. Su cuerpo no estaba allí, estaba en otro lugar. En una nube de placer, en una galaxia de excitación, fuera de este mundo. Mucho más allá.

Él notó que se sentía cada vez más excitado por lo que se soltó un poco más, así que comenzó a embestir con más fuerza y contundencia. Incluso dejó escapar unos cuantos gemidos al sentir la estrechez del glorioso coño de Elena. Esa misma que pareció abrasar su pene por completo.

Después de un rato de cuidados, los dos lograron sincronizarse en un

movimiento de placer. Gemían y se miraban como si quisieran hablar pero sabiendo que no había palabras para ello. Marcos estaba en el éxtasis, con el deseo más arraigado de hacer que esa mujer fuera solamente suya.

Recordó entonces la corbata que había dejado no muy lejos de allí, poco a poco, sacó su pene aunque ella le miró con cierta recriminación. No lo quería afuera, más bien deseaba que él le diera más duro y fuerte.

-Espera un momento. –Le respondió como si justamente supiera lo que estaba pensando.

Se reunió con ella segundos después con la corbata roja de estampado de bacterias. Elena se quedó pensativa pero en ese punto confió plenamente en él. No podía hacer lo contrario.

Acercándose a ella, le pidió que juntara las muñecas.

-Te las ataré. ¿Estás bien con eso?

-Sí, por supuesto.

-Bien, colócalas sobre tu cabeza.

Ella inmediatamente sintió cómo él la ató en poco tiempo. Lo cierto es que el amarre no se sintió demasiado agresivo así que estaba tranquila. Por otro lado, le agradó la idea de estar atada. Bien, ahora seguía el próximo paso.

Marcos volvió a subirse sobre la cama y a retomar el sexo con ella. Atada y esa posición, le daba mucho campo para jugar. Mientras una de sus manos estaba enredada en esas hebras de cabello espeso, la otra procuraba tomarla por el cuello o por tomarle los senos. De verdad que le gustaba hacerlo porque los sentía tan bien al tacto que era imposible no hacerlo.

Cambiaron después de posición, a una de las favoritas de él. La colocó de lado y vio el perfil de ese cuerpo perfecto. Sus portentosas nalgas, los pechos, las caderas anchas y lo fino de su cintura. La piel que la envolvía, la forma incluso en cómo el cabello caía sobre su cama. Sí, ella era fuera de este mundo. Era una especie de milagro.

Levantó una de sus piernas, apoyándola a su vez sobre uno de sus hombros. Fue un poco más hacia adelante y volvió a meter su pene en ella. De inmediato le encantó experimentar ese calor y lo cerrado de ese coño. No sabía cómo describir lo que le hizo sentir pero sin duda no se arrepintió por

optar por un coño virgen y menos en el día de su cumpleaños. Fue, sin duda, la mejor manera de celebrar.

A diferencia de la primera embestida, él estaba casi follándola como un salvaje. Siempre reservando un poco las maneras para no hacerle daño, sin embargo, se dio cuenta que ella pareció llevársela bien con el dolor y el placer. Con la conjugación de dos elementos que a primera vista parecían antagónicos.

Llevó uno de sus dedos hasta el clítoris de ella para masajearlo al mismo tiempo que la follaba. Quería ver –y saber- cuáles serían las reacciones de ella. Inmediatamente, Elena se retorció un poco más, incluso pensó que suplicaba por misericordia pero era claro que él no sería ese tipo de Dominante. Ella debía entender que su deber era darle el máximo placer posible.

Sonrió al verla desesperada, al verla rogando, al verla agitada y sonrojada. Continuó masturbándola hasta que por fin sintió que las carnes de ella se tensaban. Quería decir que estaba cerca de que tuviera un orgasmo.

Así pues que Elena se aferró a las tiras sueltas de la corbata, las apretó con fuerza y cerró los ojos ante ese algo que no sabía que era pero cuya sensación se volvió más y más fuerte. Gimió más y más ante los estímulos que recibía.

La verga de él y el dedo afincado en su clítoris. De repente, todo se volvió oscuro para ella mientras que sintió que su cuerpo se agitó violentamente hasta que se dejó vencer sobre la cama. Una especie de fuerza inexplicable le arrastró a un abismo de oscuridad deliciosa y placentera.

Abrió los ojos con las últimas fuerzas que le quedaban y miró a Marcos que sacaba su pene dentro de ella. Observó cómo se masturbó sobre su cuerpo para finalmente verlo correrse sobre ella. Unos fuertes chorros de semen cayeron sobre la piel de su costado, por sus pechos y piernas, incluso. Unas cuantas gotas terminaron en el pelo, luciendo como pequeñas perlas en ese mar negro.

Ella le sonrió y los dos terminaron de darse un beso entre la agitación de un par de fuertes orgasmos.

V

Se quedaron uno junto al otro por un rato. Elena dormitaba mientras que Marcos se escabullía de entre las sábanas para ir a la cocina y así tomarse un trago. Generalmente le molestaba estar acompañado después del sexo por la costumbre de desechar a sus compañeras pero, extrañamente, no le pasó lo mismo con ella. Quizás se debió a que era una especie de regalo de cumpleaños que no quería desperdiciar.

Tomó un par de pantalones de pijama y fue al baño a refrescarse la cara. Al encender la luz, no pudo evitar encontrarse con su reflejo. Estaba sonrojado y seguía un poco agitado. Por primera vez en mucho tiempo, se sintió tan vigoroso y enérgico. Estaba hasta de buen humor.

El gran espejo también le dio la oportunidad de verla desde esa distancia. Tan bella, tan calma, como si fuera la tranquilidad misma. Apagó la luz y bajó las escaleras para servirse un poco de Bourbon. Al llegar, se fijó en el reloj de la encima de la nevera y se dio cuenta que era un poco más de las 3 de la mañana. Suspiró porque quería decir que tendría que trabajar en unas horas pero no le importó demasiado porque ciertamente pasó un cumpleaños fuera de serie.

Se sentó en una de las sillas cerca de la encimera y se concentró en el sabor amaderado del licor. Era agradable al paladar... Como lo eran los fluidos de Elena sobre su boca. Mientras pensaba en ella, estaba dispuesto a aprovechar cada centavo que dispuso para comprarla. Haría lo que tenía que hacer para degustar ese premio mayor.

Tomó unos cuantos sorbos más y se levantó para acostarse. Al menos tendría que obligarse a dormir.

Elena escuchó el sonido de los pájaros y se despertó lentamente. Al terminar de abrir los ojos, miró a su lado y ahí estaba él, observándola. Sintió de repente un poco de pena, pero trató de incorporarse con naturalidad.

-H-hola.

-Buenos días. ¿Cómo dormiste?

-Pues muy bien. Me parece que caí como un bloque.

-Así fue.

Hubo una especie de silencio incómodo hasta que ella presintió que algo estaba por suceder. Marcos tenía esa mirada de niño pícaro. Él se acercó a ella para besarla suavemente y sintió sus manos de nuevo en su cuerpo. Esa sensación de volver a perderse en él, era cada vez más intensa.

Las manos de Marcos buscaron las de ella desesperadamente. Elena no entendió muy bien hasta que se dio cuenta que el deseo de él era que lo masturbara. Al principio se sintió intimidada pero decidió en que confiaría en sus instintos y en la pasión de la carne para hacerlo.

Sus pequeñas manos se posaron sobre su verga y comenzaron a masajearlo con suavidad. Ella observó el glande que se volvía cada vez más húmedo y todo más y más duro.

Siguió tocándolo con fuerza hasta que se levantó del todo y lo miró a los ojos.

-¿Puedo chupártelo?

-Eso es lo que harás.

Ella le sonrió cómplice de sus deseos y siguió masturbándolo hasta que se inclinó un poco más hasta chuparle el glande. Se sintió suave y terso entre sus labios. Siguió lamiendo hasta que comenzó a introducirse poco a poco en la boca. Lo hacía despacio, dándose su tiempo especialmente porque se trataba de una verga enorme.

A la vez que chupaba, también lo masturbaba. De a ratos, cuando la excitación se lo permitía, Marcos le quitaba el cabello de la cara para verla mejor al hacerlo. Al mismo tiempo, acariciaba el cuello y la espalda. Sus dedos tocaban su espina y esa piel tan suave que tanto le gustaba.

Elena logró casi introducirse todo por completo, lo cual fue un logro porque no pensó que fuera capaz de hacerlo. Así pues que continuó chupando, incluso haciendo unas cuantas arcadas hasta que vio salir los pequeños hilos de saliva envolver el pene de él.

Intercalaba el placer que le daba con la boca con su mano y lo miraba. Estaba privado de la excitación así que tomó esto como un impulso para ir más rápido y más intenso. Dejó su mano a un lado y se concentró sólo en chuparlo. Su cabeza iba en un movimiento ascendente y descendente. Rápido

y suave, lento y duro. Continuó así hasta que percibió que él se acomodó mejor sobre la cama y para dejarse vencer por el orgasmo.

Los muslos de él se agitaron violentamente al mismo tiempo que su mano tomó el cabello de ella con fuerza. La sostuvo así por un rato hasta que finalmente se corrió en su boca. Los gemidos de él se entremezclaron con los de ella, quien recibió sus líquidos calientes entre sus labios. Elena no tuvo la necesidad de nada más que de comer todo aquello. Lamió los restos de él ante la mirada sorprendida de su nuevo Amo.

Al terminar se echó para atrás, limpiándose los últimos restos que quedaron en la comisura de sus labios. Se veía tan radiante, que Marcos no pudo evitar ir hacia ella y darle un beso.

-Tengo que ducharme.

Se bajó de la cama en un cambio sorprendente de actitud. Elena lo vio escurrirse hasta el baño y ella se quedó sola. Aprovechó para vestirse, buscar un poco de dinero en su monedero y tratar de ir a casa. Escuchó enseguida el agua cuando leyó un mensaje de su padre preguntando por ella. Recordó que no le había dicho nada y que ya tenía varias horas sin que supieran de ella.

Se acercó sigilosamente al baño para no molestarlo.

-Ehm, Marcos, tengo que irme. Se me presentó una emergencia. ¿Es fácil tomar taxis desde aquí?

Aunque él era un tío que no le preocupaba demasiado el destino de sus compañeras sexuales, pensó que sería demasiado rudo dejarla batallar sola después de una noche intensa.

-Espérame y te llevo a donde quieras. Prometo no tardarme. Eh, si quieres ve a la cocina y come algo. Siéntete cómoda.

Aunque hubiera preferido irse, lo cierto era que las tripas estaban sonándole con fuerza. Así que bajó las escaleras para prepararse algo sencillo. Al estar en la cocina, le respondió a su padre que estaba bien y que en poco tiempo iría al hospital. Incluso pensó en no presentarse más a la cafetería porque ya tenía parte de su vida resuelta y tendría tiempo para pensar que podría hacer después.

Abrió el refrigerador con cuidado y se encontró cualquier cantidad de alimentos. Desde frutas y vegetales frescos hasta vinos y cervezas

importados. Todo tipo de quedos, untables y hasta agua gasificada. Sintió un poco de intimidación, así que tomó un sencillo pan de molde y un poco de jamón y queso, un recipiente de jugo de naranja que se veía lo menos costoso de allí y comenzó a hacerse un sándwich. Aprovechó en prepararle a él también.

Se sentó entonces y antes de llevarse un bocado, respiró profundo. Estaba cansada y lamentó por un momento tener que retornar a esa rutina odiosa. Pero bueno, así era el deber. O al menos eso era lo que creía.

Terminó de comer, mirando el ventanal que tenía en frente. Estaba maravillada con estar en un lugar con una vista así. Hacía sentir que todo era posible. De inmediato, sintió que él bajó las escaleras. Lo encontró tan sensual y apuesto como siempre.

-¿Y bien? ¿Qué tal me veo?

Dio una vuelta para que lo viera. Mientras lo hizo, no paraba de sonreír, como si aquello fuera una broma inocente.

Elena, por dentro, pensaba que era el tío más guapo del mundo y que aquello era como llevarla a la tentación.

-Pues, muy muy bien.

-Excelente. Hoy tengo una junta importante así que tengo que verme bien.

-Te hice esto. –Le acercó el plato.

-Ah, querida, muchas gracias pero estoy corto de tiempo. ¿Nos vamos?

-Vale.

Elena se sintió un poco incómoda pero no tuvo oportunidad de pensar en ello porque en menos de lo que esperaba, ya se encontraba en el coche camino a su casa. Un trayecto con pocas palabras le hizo pensar que debía dejar de idealizar al hombre. Todo se debió a una transacción y ya. No debía pensar más en el asunto.

-Sí. Aquí es.

-¿Segura? Puedo dejarte más adelante.

-Oh no. Estás corto de tiempo, ¿recuerdas? Muchas gracias.

Elena se bajó y le dejó a él una especie de extraña sensación. La chica

podiera ser tímida pero era claro que también era sarcástica. Aunque no dijo nada al instante, le pareció gracioso el comentario. Ya después tendría oportunidad de cobrarla.

Llegó al piso muerta del cansancio, de hecho, se echó sobre el sofá y se quedó allí un rato. Deseaba permanecer en el silencio un poco más.

Se quitó entonces los zapatos, bebió un poco de agua y fue hacia su habitación para aprovechar que estaba allí y tomar una ducha. Necesitaba más tiempo a solas. Se desnudó lentamente y se metió en el pequeño baño. Abrió las llaves y mientras miraba el agua correr, se recordó a sí misma que ya no era virgen. Increíblemente no había pensado en ello con detenimiento.

Entró a la ducha y se dejó envolver por el chorro tibio. Se sintió tan relajada que casi apostó que se quedaría allí durmiendo.

Mientras disfrutaba de esos momentos de placer, Elena recordó en todas las sensaciones que experimentó con él. En el dolor inicial que poco a poco se transformó en algo más poderoso y placentero. En el calor de su piel con la de ella, en la forma en cómo la tomaba y dominaba. También se sonrojó un poco cuando recordó los besos y las suaves caricias que sintió cuando la penetró por primera vez. Se aseguró de que ella se sintiera bien en cada momento.

Se preguntó además en lo que sintió después, en la oscuridad repentina, en la explosión que se concentró en el centro de su cuerpo y que se dispersó al resto de sus miembros como átomos de placer. Se preguntó si aquello era correcto aunque no sintió que fuera lo contrario.

Salió de la ducha y mientras se secaba, los recuerdos volvieron a su mente. Cada imagen sobre el cuerpo de él, también le resultaba excitante. El tamaño de esa gran verga, lo venoso que era, la textura de su cuerpo y lo magistral de los movimientos de su lengua. Esa manera de follarla, de besarla, de esas grandes manos que la tocaban como quería. Su coño comenzó a palpar por lo que tuvo que concentrarse en otra cosa.

Fue a la habitación para prepararse. Sacó un par de jeans, una camiseta, un jersey tejido y unos tenis. Mientras se vestía, miró las marcas que tenía en su cuerpo. Esos apretones en las piernas que seguían recordándolo a él.

Se espabiló y fue directamente al hospital. Allí, aprovechó para pagar el tratamiento de su madre por completo y luego fue hacia su habitación el

ánimo de que por fin las cosas se estaban arreglando. Sin embargo, para ella, Marcos estaba tornándose un poco diferente a ese hombre distante que conoció en un principio.

Como de costumbre, Marcos estaba en alguna junta. Corría de un lado para el otro sin tener siquiera tiempo para relajarse. Entretanto, recordó el comentario que ella le dijo antes de bajarse del coche. Un acto de rebeldía adorable de una chiquilla que aún no probaba las verdaderas mieles del castigo y la humillación.

Pasó parte del día firmando papeles y entregado a informes de contabilidad y marketing. Sus ojos estaban cansado de ver números y con la obligación de pensar el mejor movimiento a tomar.

Después de unas cuantas horas, Marcos se sentó en la silla de la oficina y llevó un par de dedos hacia el nacimiento del puente de la nariz, apretándolo, como un gesto para liberar el estrés.

En ese momento, pensó en la suerte que tenía de haber pasado una buena noche. Pensó también en Elena, en la forma en que casi le hizo un desplante producto de su conducta habitual. Se regañó un poco por mantener esa actitud de patán con una chica que había entregado su virginidad a un desconocido.

Por otro lado, no pensó que fuera tan delicioso todo aquello que vivieron los dos. Comenzó a extrañar la suavidad de esa piel así como el brillo que tenía cuando le reflejaba alguna luz. El calor de su cuerpo y ese cabello que parecía hecho en el cielo. El contraste de su piel con el azul de sus ojos y, por supuesto, esa risa involuntaria que salía de su cuerpo producto de la excitación. Elena se le había calado más de lo que pensó.

Se echó para atrás y buscó el móvil en su saco. Buscó el contacto de ella y en seguida le escribió.

-¿Qué haces?

Dejó el aparato cerca y esperó ansioso. Sintió que los minutos pasaban como largas horas hasta que recibió una respuesta.

-Haciendo unas cosas en casa.

Se quedó pensando. Como ansiaba estar con ella pero no podía hacerlo de inmediato, pensó que sería divertido hacer un juego para ella.

-Una de las cosas más importantes de la relación Amo/sumisa, en todas sus variantes, es la dinámica. La sumisión y la dominación forman son dos caras de una misma moneda. Son elementos que se complementan, que van de la mano y que trabajan entre sí. Esto es algo que debes entender a cabalidad. Como tu Dominante temporal, tienes la responsabilidad de ceder tus deseos y fantasías a mí porque tu función, de ahora en adelante, será complacerme sin importar lo que suceda.

Envió el mensaje y esperó un rato más. Pudo haberle dicho el mensaje por completo pero quiso entretenerse más con ella. Como una especie de juego de gato y el ratón.

-¿Qué debo hacer?

Con una sonrisa amplia llena de satisfacción, se limitó a responder:

-Muy bien, muy bien. Ya estás entiendo los términos. Deseo verte, deseo poseerte pero no lo puedo hacer ahora, así que quiero que me muestres cómo te tocas para mí, cómo te excita la idea de tenerme de nuevo entre tus piernas porque créeme, sé que así es.

Elena leyó los mensajes desde la cocina de su piso. Mientras sacaba cuentas de los gastos por venir y del alivio que le daba poder cancelarlos todos, se encontró con esos mensajes que ponían a prueba su obediencia. La cual era un término nuevo que tenía que agregar a su rutina de todos los días. Ahora las cosas habían cambiado drásticamente.

Se levantó entonces y fue hacia la habitación para acostarse sobre la cama y así sentirse cómoda. Mientras lo hacía, trató de recordar lo cómo debía actuar, sin embargo, recordó que las cosas del deseo, no se manejaban así.

Le funcionó aquello de dejarse llevar por su instinto carnal y así lo haría de nuevo. A continuación, su mente comenzó a recrear los recuerdos de la noche pasada. Experimentó cada sensación como si él estuviera junto a ella, como si estuviera a punto de poseerla de nuevo.

Se quitó la ropa lentamente y se dispuso a subirse a la cama. Se acomodó como pudo y dejó el móvil cerca y dispuesto en una posición para poder grabar lo que estaba a punto de suceder.

Presionó el botón play y en seguida inició la función. El móvil quedó justo entre sus piernas, por lo cual, a medida que se acomodaba, su coño quedó

expuesto en la pantalla en todo su esplendor. Llevó sus manos hacia los labios vaginales y se dio cuenta que ya estaba más húmeda de lo que pensaba. Respiró profundo y se recordó a sí misma lo que tenía que hacer. Se preocupó más por sentir y así fue que lo hizo.

Los movimientos de su mano fueron suaves y de manera circular. A medida que lo hacía, recordaba también la forma en que estuvo con él, recordó el olor de su cuerpo y el sabor de su verga dentro de su boca. Aquella inspiración le permitió mojarse aún más por lo que no tuvo problema en acariciarse como quería.

Después de un rato, se concentró en su clítoris. Quiso sentir ese pequeño botó rosado pálido y en ese momento, sintió la misma corriente eléctrica recorriendo su cuerpo. Se impresionó por las sensaciones que le proporcionó tocarse allí. Retorció los dedos de los pies y las piernas.

Continuó tocándose y en ese momento sintió que casi vívidamente que era Marcos quien la chupaba y tocaba. Esos dedos gruesos adentrándose en ella, esa manera de masturbarla y de hacerle conocer lo que verdaderamente era el placer. Era impresionante y delicioso.

Apretó más los párpados, el pecho estaba más acelerado así como su respiración. Su corazón parecía que estaba a punto de estallar. Sus gemidos y quejidos se hicieron cada vez más fuertes hasta que por fin esa misma bola de fuego del centro de su cuerpo la sintió cada vez más grande hasta estallar.

Exclamó un largo grito y sintió justo allí que algo salió de su cuerpo. Algo líquido. Al principio no le preocupó demasiado porque todo se tornó oscuro y lo último que recordó ver fue esa sonrisa de él que emergía de esas sombras.

Tras unos segundos, abrió los ojos y se incorporó tan rápido como pudo para ver el móvil. La pantalla de este estaba mojado y pensó que ese orgasmo que tuvo era una locura. Se apresuró en secarlo y en ver el video para editarlo. Recortó unas cuantas partes y se lo envió a él.

Al terminar, se echó sobre la cama y cerró los ojos debido al cansancio del momento. Cuando finalmente regresó a la realidad, comenzó a reírse como una niña. Le entregó su virginidad y su primera masturbación al mismo hombre en menos de un día. Toda aquello era una locura.

Marcos esperó ansiosamente la orden de Elena. Mientras lo hacía, se entretuvo con unas cuantas cotizaciones y contratos. De repente, escuchó el

móvil que indicaba un mensaje entrante. Se frotó las manos y sonrió como un niño emocionado.

Abrió la conversación y la primera imagen que se abrió era los labios de ellas abiertos por completo. Comenzó a acelerarse cuando por fin reprodujo el video. Se veía a una Elena tranquila pero sonrojada.

Poco después, se fijó en la manera en cómo se tocaba, en cómo acariciaba esos labios gruesos y el clítoris de manera firme insistente. Paralelo a ello, también escuchó los gemidos de ella. Al principio suaves y después más fuertes. Casi pudo sentir lo acelerado de su pecho.

Tras unos minutos más, vio los dedos de ella adentrándose entre sus carnes para que se mojara aún más. Notó como torció los dedos de los pies y sus anchas piernas al momento de darse más y más placer.

Se mantuvo en extremo concentrado hasta que por fin observó lo que estaba ansiosamente esperando. Ella teniendo el orgasmo.

Se tocó con más fuerza hasta que expulsó los líquidos de su coño, los mismos que el probó, los mismos que terminaron empapando la pantalla del móvil. Después de unos segundos, vio las manos de ella sujetando el móvil y cortando el video.

Marcos se echó para atrás en la silla. Se sintió impactado pero también muy excitado. Una chica así, con esa actitud tan dulce y calma, resultó ser una muy buena sumisa. Quizás era algo que ya tenía en su cuerpo y el tener la oportunidad de estar con un Dominante como él, le permitió aflorar todas esas maravillosas cualidades.

Así pues que dejó el aparato sobre la mesa de madera y sintió de inmediato el bulto de su pene presionándole los pantalones. Estaba desesperado por follarla, por hacer que se sentara sobre su cara para comerla por completo.

Por un rato no supo qué hacer, estaba inquieto. ¿Era buena idea salir de la oficina y llevarla a casa para castigarla? Y si era así, ¿qué pensarían los demás? Lo que antes no le daba menor importancia, ahora se tomaba la molestia de analizarlo detenidamente.

No, no. Nada de apresurarse. Mejor era dejar las cosas como estaban. Él inició el juego y así lo tenía que continuar. La dejaría pensando porque ya él, se encargaría de planificar lo que pasaría después. En vista del

comportamiento de ella, se aventuraría a tomar un próximo paso. El de hacer una sesión.

VI

-No me pases ninguna llamada. Los mensajes lo puedes dejar sobre mi escritorio.

-Sí, señor.

Esperó un punto de la tarde para regresar a casa. Marcos caminó por el pasillo de la oficina para ir hacia los elevadores. Pensaba en las cosas que podría prepararle a Elena. Mientras daba sus pasos, recordó que disponía de una habitación para jugar como le gustaba.

Lo cierto es que no tuvo oportunidad de aprovecharla porque sus últimas relaciones se limitaron exclusivamente a unas cuantas salidas o a una noche de sexo en cualquier hotel. Sin embargo, se tomó la tarea de crear un espacio para ser el Dominante que quería ser sin preocuparse de los ruidos y ni de las cosas que haría allí. Algo suyo, muy suyo.

Apretó el botón de planta baja, y elevador descendió suavemente. Se peinó un poco el cabello y siguió pensando en la cruz de San Andrés que tenía y en las cuerdas que tenía por allí. Pensó en amarrarle las muñecas y los tobillos, dejarla inmovilizada y convertirla en su juguete personal hasta saciarse.

En ese momento, se le ocurrió una idea brillante. Una idea que hizo que se le iluminara el rostro. Recordó un par de cadenas que tenía guardadas en un compartimiento de madera que tenía en dicha habitación. Las mismas las encontró por casualidad mientras caminaba por una ciudad por negocios.

Se paseaba por unas calles de tiendas de antigüedades y se topó con una que vendía accesorios BDMS. Al entrar, le pareció curioso que gran parte de los objetos que se encontraban allí, tenían un aspecto antiguo o eran viejos. La dueña le explicó que se trataban de reliquias encontradas y acondicionadas para usarlas en sesiones.

-Todas son aptas y seguras, señor. Han pasado por pruebas que confirman que cualquiera pueda usarlas.

Entre todas las cosas que observó, lo que le llamó la atención fueron esas cadenas. Los grilletes estaban dispuestos para el cuello y muñecas, y, como la encontró pesadas, supuso que eso obligaría a su sumisa a adoptar otra postura

que la forzaría agachar la cabeza.

El metal era suave, liso y brillante. Lucían como nuevas, así que no lo pensó dos veces y se las llevó consigo. Al salir, ya estaba ansioso por usarlas con prontitud.

Salió el edificio con paso seguro. Prácticamente tenía un itinerario de cosas que le haría a Elena. Aunque no podría ser más exigente con ella, al menos le haría probar un par de cosas nuevas que de seguro la sacarían de su zona de confort.

Después de enfrentarse a un tráfico infernal, Marcos comenzó a preparar la logística para la sesión. Llenó unas botellas de agua, llevó un par de toallas y subió a la habitación.

Cuando encendió la luz, sintió cómo se le infló el pecho de orgullo. El lugar no era tan grande como su propia habitación pero tenía espacio suficiente para unos cuantos muebles. A diferencia de otros lugares en la casa, sólo había una pequeña ventana cerca del techo de tamaño rectangular. Esto tenía la intención de crear un ambiente más intimidante en la sesión a la vez que le daba información a él sobre las condiciones del exterior.

La cama estaba en el medio y era del mismo tamaño que tenía en su habitación. No quería escatimar en comodidades. Cerca de esta, se encontraba un par de muebles a los lados de madera en forma de cubo. En cada una, se encontraban una serie de objetos como mordazas de tela, vendajes, esposas y hasta cuerdas. Marcos se dedicó de lleno a crear un mobiliario que le permitiera acceder cómodamente a lo que necesitara.

Sobre una colocó las toallas y las botellas de agua. En ese momento dio un vistazo a esa cruz de San Andrés también de madera oscura. Se levantó y se colocó frente a ella para mirarla y tocarla. Sus dedos rozaron por la superficie. Admiró los amarres en cada extremo de las tablas así como lo hizo con los detalles. Estaba orgulloso de sí mismo, orgulloso de haber construido una pieza como esa.

Miró hacia otro lado y vio lo que tenía a medio terminar. Una especie de “C” cuadrada. Faltaba lijarla y barnizarla para usarla debidamente. También estaba emocionado por hacerlo. Cuando se echó para atrás admiró su obra maestra. Ciertamente tenía mucho que terminar pero también había logrado un gran avance en poco tiempo.

Salió y entró a su habitación para cambiarse. Se colocó una camiseta blanca, un par de jeans oscuros y unos Converse rojos. Sin duda, el aspecto más informal que había adoptado en mucho tiempo. Sin embargo, sabía que tenía que usar ropa cómoda para lo que estaba a punto de experimentar.

Justo cuando iba a salir, recordó las cadenas que había comprado y estaba esperando por usar. Por supuesto que no podía dejarlas olvidadas. Se acercó al clóset y las tomó de una gaveta escondida. Volvió a sentirlas pesadas y suaves.

-Perfecto. –Se dijo a sí mismo.

Entró a esa habitación cruda y dejó las cadenas sobre las sábanas blancas. Apagó la luz y bajó para encender el coche. Buscaría a Elena. Reclamaría lo suyo.

Después de pasar unas cuantas horas en el hospital, Elena se encontró un poco más aliviada por su madre. La vio mejor y aceptando el tratamiento mejor de lo que había pronosticado los doctores. Por otro lado, pagó la totalidad de las deudas de su padre.

Al final, resultó ser más de lo que él le había dicho por lo que tomó todas las fuerzas de su cuerpo para explotar en frente de su madre. Contaba con el dinero para pagar y eso era más que suficiente.

Mientras estaba allí, mientras hablaba con ella dibujándole una cotidianeidad que ya no existía porque dejó de trabajar, Elena no podía dejar de pensar en Marcos. Seguía recordando el momento en que la hizo suya y, a pesar que todo formaba parte de un arreglo que sólo involucraba sexo y BDSM, ella comenzó a experimentar una serie de sentimientos que le hicieron dudar de continuar.

Dentro de todo, era un tío caballeroso y galante. A pesar de que él vivía entre lujos, no la hacía sentir incómoda o fuera de lugar. Adoraba tener su cuerpo contra el suyo, sentir su piel, mirarlo a los ojos y quedar intimidada por su presencia. Pensó que quizás eso se debía a la dinámica que tenía como Amo y sumisa. Al menos de manera implícita.

Se subió al autobús con cierta satisfacción en su vida. Parte de sus problemas estaban resueltos aunque tenía la inquietud de saber qué dirección tomaría. Mientras pensaba, escuchó el móvil. Se olvidó por completo del aparato durante casi todo el día.

-Voy a pasar a por ti. ¿En dónde estás?

-En el autobús de regreso a casa. Puedo bajarme en la próxima y me buscas allí. Es más sencillo.

-Vale. Pásame la dirección para ir.

Respondió y esperó un poco después.

-Estaré allí en 10. Espérame.

-Vale.

Se miró a sí misma y notó que no se arregló en lo más mínimo. Sin embargo no se molestó demasiado por ello. Su mente estaba en otra parte así que le restó importancia.

Presionó el botón de la parada y se bajó. Se encontró en una zona residencial un poco solitaria así que se sentó a esperar un rato. Al poco tiempo, vio las luces del Lamborghini y las manos blancas de él que logró ver por el parabrisas.

Quiso caminar hacia él pero quedó prendada con el modo en el que él bajó del coche. Estaba vestido más informal que de costumbre pero se veía tan guapo... Incluso más. Cerró la puerta con una mano y se dirigió hacia ella. Cada paso que daba, hacía crujir las hojas debajo de sus pies, el viento movía un poco los pliegues de la camiseta y sus manos, las cuales metió a los bolsillos, lo hacían ver como un James Dean moderno.

-Hola.

Esa sola palabra, tan ínfima, tan pequeña le fue suficiente para sentir que sus piernas flaqueaban. Tuvo que apoyarse de uno de los postes de luz que tenía cerca de ella porque pensó que realmente se caería a sus pies.

La sonrisa de Marcos se volvió tan brillante como la luna. Más a medida que se acercaba a ella.

-¿Tienes mucho tiempo esperando? Discúlpame, leí mal la dirección y terminé en otro lado. Me apresuré tanto como pude.

-Vale, está bien. No esperé demasiado.

Ella le sonrió y él le devolvió el gesto.

-¿Lista para irnos?

-Sí.

Le extendió la mano y fue la primera vez que experimentó un calor y una fuerza tan particulares. Antes, cuando tonteaba con los chicos de la calle, pretendiendo que alguno de ellos era su príncipe azul, les tomaba de la mano para sentirse como en las películas, como en esos romances tan perfectos que tanto le gustaba ver.

Sin embargo, no hubo piel que le estremeciera tanto como la de él. El roce de esos dedos perfectos y el calor que le transmitió en esos pocos segundos antes de abrirle la puerta, le hicieron sentir como si el mundo era un lugar maravilloso.

Como siempre, le abrió la puerta y la ayudó a subir. Él luego se reunió con ella y antes de encender el coche, le miró.

-Hoy tengo algo preparado para ti. Te recordará que eres mía. Ya verás.

Ella no pareció comprender de inmediato esas palabras pero asintió. Marcos giró la llave y se encaminaron hacia su casa.

Al llegar, retomaron la rutina de la primera vez. Por alguna razón, Elena sintió que aquello se volvería más común según lo que presentía. Esperó un rato y entró según lo que él le indicó.

Apenas cerró la puerta, Marcos se quedó apoyado en ella y la miró. Elena se giró y se quedó a la expectativa de lo que pasaría después. No tenía idea de lo que estaba maquinando.

-Elena, para algunos Dominantes en lenguaje es una pieza importante para la dinámica que tiene con su sumisa. Algunos son más informales al respecto, no les molesta que los tuteen o se refieran a ellos por su nombre. Pero eso no pasa conmigo, verás, me gusta la sensación de tener el poder y el control en todo momento.

>>Y lo digo literalmente. Hasta en las palabras. –Comenzó a acercarse a ella con paso lento- Lo que quiero decir, Elena, es que desde ahora en adelante, cuando estamos así, cuando tu cuerpo y tu mente te digan que estamos en una sesión, me dirás “Señor”. Quiero que entiendas que, como perteneces, tienes que comprender el lugar que te corresponde y ese consiste en obedecerme, en darme placer. –Fue hasta hablarle al oído, gracias al susurro ella sintió el calor de su aliento invadiéndole el cuello- Si te digo salta, tú, a lo sumo,

puedes responder, ¿Qué tal alto? ¿Entendiste?

-Sí, Señor.

-Muy bien. Nunca he dudado de tu capacidad de obediencia. ¿Sabes? Supe que sería así desde que te vi en La Puja. Mi instinto dijo que eras la respuesta que estaba buscando. El cambio que quería dar. Llegaste en día de mi cumpleaños como si fuera una señal y así lo voy a tomar. ¿Entendido?

-Sí, Señor.

-Bien, Elena. Retomando el asunto del lenguaje. De mi parte, me referiré a ti como me venga en gana. Puede ser por tu nombre, por un apodo, por zorra o ramera. ¿Estás de acuerdo?

-Sí, Señor.

-Este es el momento para que pongas objeción en lo que quieras. Así que, aprovecha.

-No tengo nada que objetar. –Dijo ella mirándolo con cierto aire de desafío- Confío en ti plenamente. Cualquier cosa que ordenes o pidas, la haré sin dudar.

-¿Tienes idea de lo que se necesita? ¿Del nivel de compromiso que debes tener contigo misma y con tu Señor? ¿De la responsabilidad que tienes y esa misma que le depositas a quien está contigo? ¿Sabes todo lo que implica?

-Completamente.

No hubo duda en la forma en cómo hablaba ni en la manera en cómo se lo dijo. Elena estaba plenamente convencida de lo que estaba haciendo y nadie le haría pensar lo contrario. Estaba segura porque todas las preguntas lo llevaron a él. ¿Por qué perder el tiempo cuando sabes lo que realmente quieres desde un principio?

-Bien, aprovecharé para decirte que lo estás a punto de ver y experimentar es algo que quizás llegaste a leer en alguna parte. Pero te digo, es muy diferente cuando tienes que vivirlo en carne propia. Pero confío en ti, confío en cómo me respondes, así que se hará lo que quieras. Por cierto, estoy en la obligación de darte una información importante. En el BDSM manejamos lo que se llama la palabra de seguridad.

>>Es esa misma que te ayudará advertir a tu Dominante o a parar la sesión.

Está basado en los colores del semáforo. Se sobreentiende que verde es que no hay problemas. Pero si dices amarillo, es una advertencia para mí de que ese no es el camino a seguir.

>>Rojo es cuando es extremo y ya no lo puedes tolerar. Elena, es importante que tolere algo. Cualquier cosa que sientas que te moleste o incomode, debes manifestarlo Sin importar qué. Lo primordial es tu bienestar. ¿Entendido?

-Sí, Señor.

Aunque esa pregunta no se la dijo en ánimo de Dominante, le alegró saber que ella estaba en modo de sumisa y que, por ende, continuaría con la situación.

-Bien. Aclarado el punto, sígueme. Conocerás nuestro nuevo lugar para jugar. Él subió las escaleras y ella lo siguió detrás. Estaba nerviosa pero al mismo tiempo tranquila porque estaba con él. No podría salir nada mal.

Pasaron por la habitación de él y siguieron de largo. Sintió como si el corazón le fuera saltar y fue allí cuando él encendió la luz de una habitación. Blanca aunque un poco más pequeña, con una cama en el medio del espacio, un par de muebles de madera oscura, un cuarto de baño a un costado, una ventana rectangular cerca del techo que dejaba entrar la luz de la luna.

Él la dejó explorando y ella siguió mirando hasta que se topó con algo que le llamó la atención. Una estructura en forma de equis también de madera, con amarres en todos los extremos. Su curiosidad le hizo para la mano sobre la superficie y buscarlo a él con los ojos.

-Es una cruz de San Andrés. Los usos son, pues, interesantes.

Ella volvió a fijar la mirada hacia la estructura, mirándola con fascinación. Mientras estaba allí, sintió las manos de él sobre su cintura. Percibió el aliento de su boca sobre la nuca y el cuello.

-Lo probaremos esta noche. Recuerda lo que te dije sobre la palabra de seguridad.

-Sí, Señor.

La giró para tenerla de frente. Cuando lo hizo, llevó sus manos hacia el rostro y Elena sintió que todo lo que había visto y vivido en el día quedó

completamente olvidado. Ese momento era de él y de ella. Estuvo lista para quedar inmersa en los deseos de él, por más perversos que fueran.

Marcos la besó con fuerza desde el principio. Sus manos dejaron su rostro y se dedicaron a pasear por el cuerpo de ella por completo. Apretando cada parte de ella, cada espacio de carne con fuerza porque estaba deseoso de ella. Demasiado. Era una fuerza que lo consumía por dentro, una especie de fuego que abrasaba su cuerpo.

No se hizo esperar y procedió a quitarle la ropa con rapidez. Cada prenda cayó al suelo bajo la urgencia de un hombre que estaba hambriento de una mujer, hambriento de hacerle sentir un sinfín de sensaciones.

El cuerpo de Elena quedó desnudo frente a sí y Marcos sintió de repente que no sabía muy bien qué hacer. A pesar que pasó la tarde planificando y maquinando, el tenerla allí, desnuda, hermosa y ansiosa, le descolocó un poco. No obstante, ese lapsus mental que tuvo se le quitó cuando miró sobre la cama. Observó el brillo de las cadenas bajo el bombillo del techo. Las tomó y se las enseñó.

-Una de las cosas más hermosas que recuerdo cuando te vi fue el tenerte al frente, encadenada y con la mirada gacha. Bien, esto me servirá para revivir el momento y también para que sepas que yo soy tu dueño.

-Sí, Señor.

Respondió ella al mismo tiempo que comenzó a sentir el frío del metal sobre su cuerpo. Al cerrar los ojos, recreó el momento en que se las pusieron en La Puja. El tiempo que se tomaron en encadenarla y en hacerla lucir como la joya de la corona de ese evento. Recordó el miedo y el nerviosismo, ese mismo que pareció repetirse en ese instante ya que no faltaba demasiado para entregarse a ese hombre.

La cadena tenía tres grilletes. Uno para el cuello y dos más para las muñecas. La cadena principal cruzaba el pecho de Elena para ramificarse en dos extremos más. Así pues, ella quedaba limitada de movimiento con este sistema. Por si fuera poco, la cadena que iba en el medio era más corta, por lo que le obligaba a agachar la cabeza y mantener los brazos más o menos sostenidos. Era una forma de mantenerla consciente de sus movimientos. Al terminar, supo que aquello actuaría como una especie de tortura porque no podría tocarlo como quisiera.

Marcos se encontró satisfecho así que se echó para atrás y sonrió para él y para ella también.

-Arrodíllate.

Ordenó él y la miró hacerlo con cierta dificultad. Tuvo un impulso de ayudarla pero no lo hizo. Su esclava, su sumisa, tendría que entender que así eran las cosas y tenía que vivir con eso. Así que esperó a que terminara por colocarse hasta que lo logró. Se veía más provocativa de lo que pensaba. La cabeza gacha la obligaba a fijar la mirada en el suelo.

La mano de él rozó su suave mentón e hizo que lo mirara. Con la otra que le quedaba libre, la usó para bajarse el cierre del pantalón. Poco a poco, sacó su verga que ya estaba dura como una roca. Comenzó a masturbarse un poco mientras todavía acariciaba su cara.

-Mírame.

Ella hizo un esfuerzo al hacerlo y cuando lo logró, halló increíblemente excitante el mirar tan de cerca cómo se tocaba para ella. Mientras estaba allí, incluso cayeron en su cara algunas cuantas gotas de líquido pre-seminal. Esas gotas que llegaron a sus labios, aprovechó para lamerlos y saborearlos.

Marcos dejó de masturbarse para dejarla que se inclinara y comenzara a chuparlo. Abrió la boca como la buena sumisa que era y dejó esa gran verga dentro de su boca. De inmediato su lengua comenzó a lamer cada trozo de carne y piel. Marcos, por su parte, todavía sostenía su pene con sus manos para obligarla a tragar tanto como pudiera. A ese punto, vio unas cuantas arcadas y pero siguió a pesar de ello. Quiso saber hasta dónde era capaz de llegar.

Ella trató de meterse todo en la boca y, cuando lo logró, esbozó una media sonrisa que él comprendió inmediatamente. Así que comenzó a hacer un movimiento de adentro hacia afuera, de manera constante y armoniosa.

La mano de su Amo se colocó en el espeso cabello y los sostuvo con fuerza para hacer hincapié que él era quien tomaba el control.

A pesar que el peso de la cadena la obligaba a tener una postura de sumisión, la excitación fue más fuerte, se irguió tanto como pudo para chupárselo como quería. Deseaba que él disfrutara de sus labios y lengua tanto como fuera posible.

Ella siguió chupándolo con cada vez más fuerza y velocidad. Los hilos de saliva, esos mismos que se encontraron en la comisura de los labios, ahora descendían por el mentó para caer sobre los pechos de ella que se meneaban constantemente debido al movimiento que hacía.

Sus pezones oscuros, pequeños y erectos, lucían exquisitos, deliciosos. Tanto que Marcos se distrajo porque sólo quería llevárselos a la boca.

Entonces cambió de parecer. Jaló la cadena central e hizo que se parara bruscamente. Ella como pudo, logró colocarse de pie.

-Ahora vamos a la segunda fase.

Lo cierto es que ese cambio de planes correspondió a algo muy particular. Se debió a que él estaba excitándose más de lo previsto y quería correrse en la cara de ella. Si eso pasaba, sentiría que no lograría su objetivo principal que era hacerla sufrir como quisiera.

Poco a poco le quitó las cadenas y la llevó hasta la cruz de San Andrés. A ese punto estaba tan emocionado como un niño con juguete nuevo. La colocó de frente y le ayudó a subir posicionarse sobre unos tablones de madera en los extremos inferiores de la cruz. Estando allí, se encargó de atarle los tobillos. Hizo lo mismo con las muñecas. Aunque era su primera vez, él le pareció que ella estaba tomando la situación con bastante naturalidad.

Le respiró el cuello, rozó sus labios en el mismo sitio. Sus manos se pasearon desde sus caderas hasta los pechos. Apretó los pezones al mismo tiempo que Elena gemía de placer. Ella, además, percibió que su coño estaba tan mojado y caliente que Marcos ponía un par de dedos allí, se quemaría al instante. Ella estaba echa fuego.

Como si hubiera predicho lo que iba a suceder después, Marcos siguió en la misma posición con la diferencia que llevó sus dedos hasta sus coño. Efectivamente estaba caliente, delicioso.

-Qué rica que estás, eh.

Ella sólo alcanzó a sonreírle.

Así pues que comenzó a masturbarla. Esta vez fue directo al grano. Procuró comenzar con el clítoris y en seguida sintió cómo el cuerpo de ella se estremeció por completo. El movimiento circular de sus dedos, le producían deliciosos espasmos. Los cuales eran limitados gracias a los amarres que

tenía en sus muñecas y tobillos.

Los gemidos de Elena los sintió cerca, muy cerca, incluso hasta que pensó que era posible escuchar su corazón. Se juntó un poco más y más fuerte le tocó. Ella estaba en una especie de trance.

De repente, comenzó a darle palmaditas entre el clítoris y los labios vaginales. Unas cuantas lágrimas de placer recorrieron sus mejillas debido a lo excitaba que estaba. Comenzó a reír, el frenesí del momento estaba tomando el control de su cuerpo.

-Bien, suficiente por ahora.

Volvió a detenerse y Elena sintió que la obligaban a despegarse de esas deliciosas sensaciones. Así pues que esperó un rato y aprovechó para respirar profundo y relajarse. Lo necesitaba.

Marcos quiso tomar un pequeño látigo para azotarla por lo que también fue una oportunidad para él para calmarse y terminar de desnudarse. El sudor estaba marcándose en la camiseta y haciendo que sus pantalones se pegaran más a sus piernas.

Dejó la ropa en el suelo y fue hacia uno de los lados de la cama. Buscó por un momento y encontró el pequeño fuste que estaba buscando. Tocó el cuero de la punta y se encontró satisfecho con la elasticidad que tenía.

Se incorporó hacia ella quien lo miraba curiosa. Tanteó la punta en su palma y hasta de alzar la mano, la tomó por el cuello para besarla. Sintió su lengua y jugó un rato con ella. La chupó y la lamió tanto como le dio la gana. Mordió sus labios y con una de sus manos le apretó los pezones. Volvió a echarse para atrás, se colocó de lado e hizo un rápido movimiento en donde dejó caer el fuste entre las piernas de ella.

Un largo quejido hizo eco en la habitación. La marca del fuste entre ese par de muslos gruesos le hicieron casi babear, así que continuó azotándola, haciéndola sufrir como quería hacer en un principio.

Lo hizo en sus piernas, cercas de sus rodillas, parte de las caderas y torso. Incluso lo hizo con más delicadeza cerca de los pechos. Como estaba ansioso por saber cómo ser verían esas marcas que no pudo evitar hacerlas.

De repente, se encontró agotado, el dolor en la muñeca se manifestó de manera aguda así que esperó un poco para recuperar el aliento. Su sumisa,

por otro lado, estaba tan enrojecida y agitada que se tomó unos cuantos minutos para que pudiera sentirse tranquila.

-¿Estás bien?

-Sí, Señor... -Lo miró y trató de sonreír.

-¿Estás segura?

-Sí. Segura, Señor.

-Eres una buena chica, ¿sabías?

-Gracias, Señor.

A pesar del cansancio que pensó que tendría, ella se mantenía todavía en el papel. Sin duda era una sumisa nata.

Después de esperar unos cuantos minutos, Marcos tomó un poco de agua y volvió a reunirse con ella. Le pasó una toalla húmeda para refrescarle y aprovechó para besarla. Lo hacía con una dulzura que no reconoció ser capaz. Después de pasar tantos años privado de gestos sinceros de cariño y cuidado, se sintió un poco extraño.

Descendió poco a poco hasta llegar a la entrepierna. Sacó su lengua para chuparla como si no hubiera un mañana. Sus labios apretaron los de ella, sus dientes mordieron su clítoris pero sólo un poco, lo suficiente para que sintiera que ella se estremecía sin parar. Sonrió y continuó dándole unos cuantos mordiscos más. Luego, chupó con más fuerza haciéndola gritar.

Se mantuvo un largo rato en ese maravilloso lugar. Miró como el clítoris rosado se tornó de un rojo intenso gracias a sus lamidas. Quiso quedarse allí prácticamente por siempre. No habría un lugar mejor.

Sin embargo quería continuar. Hasta el momento, Elena estaba embebida en la sesión, sintiendo todo tipo de sensaciones y caminando justo al borde del orgasmo. Aprendió a mantener la cabeza gacha y aceptar las órdenes en entera sumisión. Nada mal para una novata.

Por otro lado, Elena, más allá de la excitación que sentía, no pudo seguir negando sus sentimientos. Marcos le producía un nesequé. Le emocionaba estar a su lado, quería estar con ella y además estaba eufórica por formar parte de tu vida hasta ese momento. Ella quería más y más de él, incluso se le hizo imposible pensar que hubiera una manera en que se cansaría. No habría

forma.

Los besos de Marcos se sentían como si él tomara sus manos y le acariciara el alma. Sus abrazos y caricias le llenaban de una emoción descontrolada. Quería gritar lo que sentía pero sabía que sería contraproducente para su relación... Aunque no sabía bien cómo él se lo tomaría.

Volvió a concentrarse cuando sintió que él le quitaba los amarres de la cruz de San Andrés. Ella sintió alivio porque el hormigueo que comenzó a experimentar estando allí tanto tiempo, le preocupó un poco.

Marcos, como buen Dominante que era, se ocupó por acariciarla y verificar que todo estaba bien. Elena recordó la conversación que tuvieron en donde él le puntualizó lo importante del poder de la observación. Sin duda, era un hombre que sabía muy bien lo que hacía.

Así pues terminó por bajarla de allí y por llevarla a la cama. Ella se sintió mucho más cómoda en esa superficie tan suave y delicada. Sin embargo, no tardó demasiado tiempo para que él fuera sobre su cuerpo.

Estuvo sobre ella y procuró elevar sus piernas, cruzó los tobillos y colocó los pies sobre su pecho. La intención de esa posición era permitir que el coño se cerrase aún más, procurando más placer para los dos.

Rozó sus dedos un poco sobre ese coño divino y metió su pene lentamente. Los gemidos de Elena se hicieron cada vez más fuertes a medida que lo introducía. Al final, al quedar completamente dentro de ella, la cadera de Marcos realizó una serie de movimientos de adentro hacia afuera, para hacer gemir mucho más duro.

Sus manos se apoyaron de sus muslos para tener más impulso, al lograrlo, pudo ir más rápido, por lo que ella tomó las sábanas que estaban a su alrededor para sostenerse tanto como pudiera. Cerró los ojos y se concentró en sentir esa verga tan deliciosa dentro de ella.

Grande y venosa, el pene de Marcos se le introdujo entre sus carnes sin miramientos y sin miedos. Por otro lado, él al sentir la estrechez del coño más lo apretado que estaba por la posición, no paraba de exclamar palabras incomprensibles. Su boca entreabierta apenas le daba para regular la respiración y los gemidos. Sus fuertes brazos, apoyados en la piel de ella, le ayudaban a darse cuenta que todo lo que estaba viviendo era real.

Para no correrse demasiado pronto, Marcos comenzó a detallar las heridas producidas por el fuste que usó mientras ella estuvo en la cruz de San Andrés. En algunas partes, la piel estaba enrojecida y en otras, rota. Unas micro gotas de sangre salían del resto pero eso no pareció molestarle a ella. Ella estaba junto a él, en esa mezcla de sensaciones que estaban experimentando los dos en ese momento.

Siguió dentro de ella hasta que cambiaron de posición. Sus manos la tomaron la cintura y la voltearon con demasiada facilidad. Incluso Elena no tuvo tiempo para sorprenderse del estrepitoso cambio.

La colocó en cuatro y pudo ver esas portentosas nalgas que se le exhibían frente a él. Tomó las dos con ambas manos y las apretó con fuerza. Tanto que le hizo chillar del placer. Como ya estaba allí, tampoco pudo evitar darle unas cuantas nalgadas. Fuertes, por supuesto, porque para él, esa era la única manera de hacerlo.

Siguió nalgueándola hasta que se le cansó la mano, después, se acomodó en la cama para prepararse y follarla desde atrás. Abrió sus nalgas con ambas manos y metió su pene con fuerza. La consideración y la dulzura quedaron atrás, Marcos dejó libre al Dominante rudo que le gustaba las cosas fuertes.

Las embestidas de él dentro el coño de Elena, se sentían deliciosas. Se abrió paso entre sus carnes de una manera que hacía que ella rogara porque no parara. Adoraba tenerlo adentro.

Se sostuvo con más fuerza en sus caderas para seguir embistiendo hasta llegar al punto en que él sintió que ya no podía más. Entonces comenzó a quejarse y ella también, comenzó a sentir que ya no tenía demasiada fuerza por lo que apretó un poco más el paso hasta que sintió que no podría más.

Sacó la verga de ella, tomó su mano y comenzó masturbarse hasta que por fin salieron los chorros de semen que cayeron sobre su espalda. Marcos, se impresionó al darse cuenta que se trató de un orgasmo fuerte y muy intenso, tanto que, cuando terminó, cuando sacó hasta la última gota, cayó sobre ella como si fuera un plomo pesado.

Al mismo tiempo, Elena también se corrió justo cuando él desparramó su semen sobre la espalda. Sus gritos se confundieron con los de él, entrelazándose y uniéndose entre sí.

Permanecieron un largo rato hasta que Marcos encontró la fuerza para

levantarse, tomó una de las toallas que estaban en uno de los muebles al lado de la cama y procedió a limpiarla y luego él. Además, le acercó la botella de agua para que se refrescara. Estaba sedienta.

Dio unos cuantos tumbos hasta que se levantó y fue al baño. Encendió la luz y cerró un poco la puerta para tener un momento de privacidad. Abrió la llave de agua fría y se lavó la cara para espabilarse. Se miró en el espejo y se dio cuenta que estaba todavía sonrojado y agitado. No era para menos. Un orgasmo con esa potencia no era un juego de niños.

Por otro lado, hubo algo que le llamó la atención. Bueno, en realidad dos cosas. En primer lugar, la forma en cómo ella lo miró desde el principio. Esa dulzura, esa ternura en sus pupilas. No lo supo identificar inmediatamente pero sí presintió que quizás estaban naciendo otros sentimientos. Por otro lado, estaba él.

El mujeriego, amante de la atención y la adoración, el que no pensaba en más nada sino en divertirse, en beber y las fiestas, ahora se encontraba en una situación muy diferente. Se sentía muy bien con ella, mucho, a decir verdad, por lo tanto seguía sin entender por qué estaba tan descolocado.

Era una locura sentirse así cuando tenían menos de una semana de conocerse. ¿Por qué le pasaba todo eso? ¿Qué quería decir? Estaba cansándose de la situación. Así que salió apresurado y antes de decir palabra, la encontró dormida en la cama.

Sus pies tuvieron el impulso de reunirse con ella, de acostarse y de acariciarla. Pero su mente seguía negándose a eso, así que salió sigilosamente, no sin antes tomar el par de jeans que tenía puestos hacía rato. Procedió ponérselos en el pasillo y bajó las escaleras para tomar un trago en la cocina. Era un ritual que ya se estaba haciendo frecuente en esos últimos días.

Se sirvió el Bourbon de siempre y se sentó en una de las sillas que daban frente al ventanal de la sala. Se quedó mirando un rato el cielo y el verdor del jardín. Miró como si no hubiera nada más interesante allí. La preocupación le invadió el cuerpo y quiso pensar que eran tonterías.

Sin embargo sus pensamientos seguían atormentándolo. Le persiguieron tanto hasta que tuvo que admitir que ella le estaba produciendo algo que más que simple morbo. No supo exactamente cuándo empezó pero sí no pudo negar

que era algo que de verdad estaba sucediendo.

Una sensación de miedo embargó su cuerpo haciéndolo beber de inmediato el trago para servirse el otro. Elena estaba allí, dentro de su mente y cuerpo, invadiéndolo vertiginosamente.

... Ahora no sabía qué hacer.

VII

El extremo silencio y quietud, terminaron por despertar a Elena quien estaba abrazada a la cama. Después de restregarse los ojos, miró a su alrededor y se dio cuenta que estaba en la habitación de Marcos. No en aquella en donde tuvieron su sesión.

Como estaba de buen humor, se giró para encontrarse con él pero no lo encontró. Supuso que estaría tomándose una ducha, por lo que bajó de la cama y lo buscó sin encontrar nada más que silencio.

Extrañada y un poco alarmada, comenzó a vestirse y luego bajó a la cocina. Lo mismo, silencio absoluto. Un hilo frío invadió su cuerpo y de repente se fijó en un pequeño trozo de papel. Se trató de una nota de él.

“Tuve que salir corriendo, literalmente. Espero que estés bien. Te dejo el número de un Uber de confianza que sé que te llevará a donde quieras. No te preocupes por el dinero que lo pago yo. Nos vemos pronto”.

Elena estaba un poco impresionada por la frialdad de la nota. La tomó entre sus manos, la miró detenidamente y se fijó que no había nada más. Tuvo la sensación de que las cosas estaban diferentes por lo que quiso irse de allí lo más rápido posible.

Tomó su bolso y dejó la nota en donde la encontró. No tuvo ganas de usar ese favor porque no quería que él lo tomara como un abuso de su parte. Mientras menos le debiera, mejor.

Salió con cuidado por una de las puertas laterales y caminó hasta encontrarse con el camino principal. Mientras lo hacía, se preguntó sin parar lo que había sucedido. La noche anterior todo había marchado bien, sin inconvenientes ahora Marcos estaba más extraño que de costumbre. Era algo que no comprendió.

De inmediato se encontró con la parada de autobús y se sentó a esperar la unidad. Nunca en su vida deseó tanto ir a casa.

Al llegar, subió por las estrechas escaleras hasta acercarse a la puerta de su piso. Abrió la puerta y dio unos cuantos pasos más para quedarse en el silencio del lugar. Le escribió a sus padres, se aseguró que todo estaba bajo

control así que aprovechó el poco ánimo que sentía para tomar una ducha.

Poco a poco, cada paso que dio, le hizo sentir como si estuviera derrotada. Esa sensación de pesadez en los pies, el apretar los dientes y ese esfuerzo en vano de soportar las lágrimas le indicaron que ella estaba enamorándose de él.

La sola revelación le cayó como un plomo por dentro. Trató de huir de esos pensamientos pero fue inútil. Era más y más doloroso.

Al meterse en la ducha, al sentir el agua tibia recorriendo su cuerpo, trató de hacer un retrospectiva de cuándo había sido el momento en todo cambió para ella. Sí, fue esa vez que él terminó por quitarle la virginidad al mismo tiempo que la llenaba de besos y caricias. Nunca en su vida se sintió así de querida, así de cuidada por lo que las cosas se volvieron más profundas para ella.

Se sintió como una niña estúpida pero, ¿qué más iba a hacer? En las cosas del corazón no se mandan y no estaba dispuesta a sentirse arrepentida por ello. Él era un hombre y ella una mujer, ese tipo de situaciones suelen suceder.

Sin embargo, todavía no le quedó claro el por qué se alejó de ella de esa manera. Si, él le dejó en claro que era un hombre solicitado por las mujeres con poco interés en las relaciones pero no comprendió ese cambio tan repentino. Otro dolor agudo dentro de su corazón.

Estaba un poco perdida porque no sabía muy bien qué hacer. Quiso preguntarle a alguien, quiso que le dieran la respuesta correcta pero no hay para situaciones así. No existe.

Salió del baño con las lágrimas en los ojos y con las ganas de decirle lo que sentía pero no podía. Lo alejaría más. Sin embargo, tampoco era justo para ella. Tenía que ser sincera, tenía que informarle porque de lo contrario, las cosas irían de mal en peor.

Se colocó un camisón viejo y se echó sobre la cama. El mundo le dio vueltas sin parar. Quería que alguien le diera más respuestas.

Marcos estaba sentado como siempre en la silla de su oficina, revisando la pila de papeles que tenía frente así. La huida que hizo la tarde anterior, fue suficiente como para que acumulara trabajo. Le pareció impresionante que sólo en cuestión de horas fuera capaz de encontrarse con semejante panorama.

Por otro lado, halló consuelo en ello porque así mantendría la cabeza ocupada. O al menos así pensó.

Durante todo el día, sólo pensaba en ella. Cualquier cosa la recordaba y ya comenzaba a sentirse mal al respecto. Frotó sus ojos y siguió concentrado en los papeles. Una chiquilla no le arruinaría el día.

... Sin embargo todo resultó lo contrario a lo que quería. No sólo pensaba en ella sino también la imaginaba y la recordaba. Las sensaciones que le produjo, los sonidos que hacía cuando la lamía o castigaba, el color de las heridas, la sangre que brotó por los azotes, el resplandor de sus ojos azules que le miraban a los suyos con desafío y deseo. Por si fuera poco, su lengua recordó su dulce sabor, el dulce néctar de ese coño que lo volvía loco. Era una adicción que había calado en su cuerpo y no encontraba manera de recuperarse de ella.

Aunque moría por verla, no se permitió por puro orgullo. Le pareció absurdo sentirse así por alguien que llegó a su vida tan de sorpresa. Le pareció amargo encontrarse así como era uno de los solteros más cotizados del momento, una de las promesas del mundo empresarial. Marcos podría tener el mundo en sus manos si quisiera pero la verdad que estaba a los pies de una chica con un pasado misterioso que no terminaba de comprender.

Los días transcurrieron y Marcos se negaba a dar señales de vida. Elena, tampoco lo hizo también por cuestiones de orgullo. Si bien era una chica dulce y sensible, tampoco se dejaría arrastrar por la situación. Tendría que tener control de sí misma tanto como pudiera.

Durante ese tiempo, a su madre le dieron de alta. La reacción tan positiva al tratamiento y gracias a los cuidados que recibió estando en el hospital, hicieron que su salud se fortaleciera.

-Puedes llevarla a casa y sólo tendrían que venir por la quimio. Ah, también te quería decir que hemos bajado las dosis. De verdad que este es un caso extraordinario.

La noticia casi la hizo saltar de su silla. Apenas recibió la noticia, tomó a su madre en brazos con la ayuda de su padre, y fueron a casa de ellos en donde por fin sintió que las cosas estaban saliendo como debían. Si no hubiera sido por La Puja, quizás no estaría así pero tampoco quería darle vueltas al asunto porque también representaba tener que pensar en él y eso de por sí era

doloroso.

Por otro lado, su padre logró obtener un trabajo como supervisor en una construcción lo que lo mantuvo ocupado de las apuestas. Asimismo, se tomó muy en serio las reuniones de Ludómanos Anónimos en donde encontraba fuerzas para no recaer.

Elena, en vista de que ya no tenía que vivir en una angustia constante, se sintió más extraña de lo normal. Esa sensación de se presentaba una mala noticia tras otra, quedó en el pasado y su cuerpo y mente comenzaron a sentirse liberados de todo aquello. Era experimentar un nuevo renacer.

Entonces aprovechó el dinero que tenía ahorrado y lo tomó para ver clases de cocina. De un tiempo para aquí, descubrió que lo suyo eran las ollas y el fuego por lo que se preparó para un curso intensivo.

Le fue tan bien, que incluso ganó una beca para estudiar en uno de los restaurantes más elegantes del interior del país. Allí aprendería cocina francesa y bases de la china. Incluso comenzó a fantasear con la idea de tener su propio restaurante, aunque sabía que le faltaba camino por recorrer.

En vista de eso, se ausentó por un tiempo de la ciudad. Al tomar sus maletas y enrumbarse al aeropuerto, tuvo la leve esperanza de verlo al final del pasillo. De verlo y de escucharle decir que la esperaría. Pero no, esa ilusión se disipó cuando no lo vio. De nuevo sintió ese dolor agudo en el corazón.

El tiempo también afectó a Marcos. De ser un hombre alegre y encantador, se volvió taciturno y poco conversador. Su vida se limitó de ir de la casa al trabajo, y del trabajo a la casa. Los días de estar en discos y bares, pasándola bien, fueron cosas del pasado.

Él no reconoció el tipo de persona que se había convertido. Era como si una parte de sí mismo la había perdido.

Un día, después de regresar a casa tras un largo día de trabajo, Marcos fue a su habitación directamente para tomar un baño. Antes de llegar, vio la luz de sol que se apagaba en la habitación contigua, en aquella que había destinado para tener sus juegos como Dominante.

Al entrar allí, casi sintió el olor de Elena en el lugar. Se adentró un poco más y se sintió terriblemente estúpido. De repente, cuando sintió que no pudo resistir más, casi se tropezó con ese mueble en forma de “C” que no lograba

terminar. Por alguna extraña razón, se quitó el sacó, se arremangó las mangas y se quitó la corbata. Le pareció idóneo terminar lo que tenía que terminar.

Bajó por las escaleras y fue hacia el garaje. Encendió la luz y se encontró con un área en donde cualquier hombre pudiera ser feliz. Una serie de herramientas que colgaban del techo para hacer lo que quisiera, sierras, lijas, martillos, madera, metal. Incluso una soldadora. Todo eso tenía sentido si eras Dominante y si te gustaba diseñar tu propio mobiliario.

Desplegó una mesa de madera y subió el mueble con toda su fuerza. Se secó el sudor debido al esfuerzo y buscó una de las lijas para comenzar a trabajar. Posicionó el mueble y acomodó su cuerpo para comenzar a lijar poco a poco.

Algunas tajadas de fina madera cayeron sobre el suelo mientras él trabajaba sin parar. Cuando se encontró satisfecho, lijó los bordes para hacerlos más suaves al tacto. Sacudió el resto del aserrín y buscó en un mueble que estaba detrás de él, un bote de barniz oscuro y una brocha.

Allí estaba Marcos, haciendo trabajos de carpintería a altas horas de la noche. Al termina con el último borde, la “C” finalmente estaba lista. Pensó que después de secar, podría colocar un amarre en uno de los extremos y un consolador en el otro. Le pareció buena idea hasta que recordó que quería usarlo con ella. Y que, además, quería probar un montón de cosas más con ella.

Una gota de sudor que recorrió la frente, le hizo pensar que no podía huir más de ella. Tenía que verla, tenía que buscarla.

Dejó esas cosas allí y subió rápidamente su saco para escribirle. No tenía valor de llamarla por teléfono. De nuevo se sintió como un chaval tonto.

-Sé que ha pasado demasiado tiempo. Sé que no nos dijimos más pero no puedo darle largas a esto. No puedo más. ¿En dónde estás?

Dejó el móvil cerca con la esperanza de una rápida respuesta. Sintió que no soportaría más hasta que, casi media hora después, Elena respondió:

-Fuera de la ciudad. Sí. Nos dejamos y nos la alejamos. Pero lo cierto es que las cosas se volvieron incómodas. No entendí lo que pasó. Lo que te pasó.

Como Marcos estaba ansioso, como no quería esperar más, le llamó y hablaron por un largo rato. Después de un par de silencios incómodos, Elena tampoco se pudo resistir demasiado a esa voz que tanto le gustaba. Le dijo en

dónde se encontraba pero que el fin de semana iría a la ciudad a visitar a su familia. Quedaron que se verían para ese momento.

Después de colgar, Marcos pensó que esperar no sería la mejor decisión, así que se apresuró en hacer un par de cosas. En sincerarse y proponerle que se convirtiera en su sumisa y en comprar un pasaje para ir hacia donde estaba. Le llegaría de sorpresa.

A la mañana siguiente, después de dar instrucciones explícitas a su secretaria de que estaría fuera unos días y que no quería que nadie, absolutamente nadie, lo molestara, tomó una pequeña maleta y un cuerpo cargado de nervios para ir hacia la provincia que le dijo Elena.

Mientras estuvo sentado en el avión, comenzó a burlarse de sí mismo.

-El tío más poderoso, el tío con más mujeres alrededor que un gigoló, ahora vuelta para verse con una chavala que le tiene los sesos de cabeza. Increíble. Bien, para todo hay una primera vez.

No pudo evitar cerrar ese pensamiento con una sonrisa amplia. Estaba seguro que él también estaba adentrándose en una de las experiencias más increíbles de su vida.

Al llegar al aeropuerto y al esperar por su maleta, sintió la caja que tenía en su saco. Antes de irse, compró un collar de cuero que le regalaría a ella como un acto de sinceridad ante todo lo que había sucedido. Aunque era una apuesta grande, deseaba que ella le dijera que sí. Lo ansiaba como a nada en este mundo.

Apenas tomó la maleta, fue corriendo hacia las afueras para pedir un taxi. Fue a un hotel, se registró y apenas tuvo aliento para continuar con el lugar en donde ella trabajaba ahora como chef principal.

Se topó con un enorme hotel. Un emblema de lujo, pero no vio más detalles porque ansiaba verla. Después de preguntar en dónde se encontraba a unas cuantas personas. La encontró dando órdenes en la cocina. Tenía el cabello recogido, los ojos brillantes y las mejillas encendidas por el calor. Estaba más hermosa que nunca.

El portazo advirtió su presencia y ella también logró verlo. Se miraron mutuamente por un rato hasta que ella le dijo unas cuantas palabras a la persona que tenía a su lado, se quitó el mandil y fue hacia él.

De nuevo se encontró con esa chica que tanto le gustaba. Tan bella y vivaz.

-No pude esperar hasta el fin de semana. Lo siento.

-Ven.

Lo llevó a un sitio despejado en donde pudieran hablar solos.

Aunque había pasado el tiempo, aunque ella tenía un poco de confusión y dolor, no pudo evitar sentirse feliz al verlo. Fue como si su corazón hubiera dado un salto. Marcos, apenas supo que estaban a solas, se apresuró en decir:

-Soy un tarado, un estúpido porque sentí miedo de lo que estaba sintiendo. Me acostumbré a ser siempre el galán que no sabía cómo manejar estos sentimientos. Sí, tardé demasiado y sé que es muy descarado de mi parte pedirte tiempo valioso sabiendo que estás tan ocupada.

>>Pero mira, te he traído esto –Dijo sacando la caja en donde estaba el collar- No quiero que nos pase otra vez. –Miró hacia el suelo- Ahora me siento como un niño, pero no puedo evitarlo. Es algo que no puedo ni quiero obviar más. Quiero que seas mía, en todos los sentidos.

Marcos tenía la mirada encendida y Elena no supo qué decir durante unos segundos. Lo cierto es que estaba tan sorprendida que apenas pudo pestañear. Aunque tenía razones suficientes para rechazarlo, no pudo. Al final si fue a buscarla, al final se sinceró como ella lo hizo consigo misma, al final comprendió lo que estaba pasando entre los dos.

Lo miró a los ojos y le acarició el mentón.

-Siempre lo he sido, tonto. Siempre.

Marcos sonrió y procedió a colocarle el cuello a esa mujer que le puso el mundo de cabeza. Se acercó a ella para darle un beso e internamente agradeció que Elena fuera el mejor regalo que hubiera recibido en su vida.

NOTA DE LA AUTORA

Si has disfrutado del libro, por favor considera dejar una review del mismo (no tardas ni un minuto, lo sé yo). Eso ayuda muchísimo, no sólo a que más gente lo lea y disfrute de él, sino a que yo siga escribiendo.

A continuación te dejo un enlace para entrar en mi lista de correo si quieres enterarte de obras gratuitas o nuevas que salgan al mercado. Finalmente, te dejo también otras obras — más o de otras personas — que creo serán de tu interés. Por si quieres seguir leyendo.

Nuevamente, gracias por disfrutar de mis obras. Eres lo mejor.

[Haz click aquí](#)

para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir libros gratis

¿Quieres seguir leyendo?

Otras Obras:

[La Mujer Trofeo](#)

[Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario](#)
— [Comedia Erótica y Humor](#) —

[J * did@ - mente Erótica](#)

[BDSM : Belén , Dominación , Sumisión y Marcos el Millonario](#)
— [Romance Oscuro y Erótica](#) —

[La Celda de Cristal](#)

[Secuestrada y Salvada por el Mafioso Millonario Ruso](#)
— [Romance Oscuro y Erótica](#) —

“*Bonus Track*”

— Preview de [“La Mujer Trofeo”](#) —

Capítulo 1

Cuando era adolescente no me imaginé que mi vida sería así, eso por descontado.

Mi madre, que es una crack, me metió en la cabeza desde niña que tenía que ser independiente y hacer lo que yo quisiera. “*Estudia lo que quieras, aprende a valerte por ti misma y nunca mires atrás, Belén*”, me decía.

Mis abuelos, a los que no llegué a conocer hasta que eran muy viejitos, fueron siempre muy estrictos con ella. En estos casos, lo más normal es que la chavala salga por donde menos te lo esperas, así que siguiendo esa lógica mi madre apareció a los dieciocho con un bombo de padre desconocido y la echaron de casa.

Del bombo, por si no te lo imaginabas, salí yo. Y así, durante la mayor parte de mi vida seguí el consejo de mi madre para vivir igual que ella había vivido: libre, independiente... y pobre como una rata.

Aceleramos la película, nos saltamos unas cuantas escenas y aparezco en una tumbona blanca junto a una piscina más grande que la casa en la que me crié. Llevo puestas gafas de sol de Dolce & Gabbana, un bikini exclusivo de Carolina Herrera y, a pesar de que no han sonado todavía las doce del mediodía, me estoy tomando el medio gin-tonic que me ha preparado el servicio.

Pese al ligero regusto amargo que me deja en la boca, cada sorbo me sabe a triunfo. Un triunfo que no he alcanzado gracias a mi trabajo (a ver cómo se hace una rica siendo psicóloga cuando el empleo mejor pagado que he tenido ha sido en el Mercadona), pero que no por ello es menos meritorio.

Sí, he pegado un braguetazo.

Sí, soy una esposa trofeo.

Y no, no me arrepiento de ello. Ni lo más mínimo.

Mi madre no está demasiado orgullosa de mí. Supongo que habría preferido que siguiera escaldándome las manos de lavaplatos en un restaurante, o las rodillas como fregona en una empresa de limpieza que hacía malabarismos con mi contrato para pagarme lo menos posible y tener la capacidad de echarme sin que pudiese decir esta boca es mía.

Si habéis escuchado lo primero que he dicho, sabréis por qué. Mi madre cree que una

mujer no debería buscar un esposo (o esposa, que es muy moderna) que la mantenga. A pesar de todo, mi infancia y adolescencia fueron estupendas, y ella se dejó los cuernos para que yo fuese a la universidad. “¿Por qué has tenido que optar por el camino fácil, Belén?”, me dijo desolada cuando le expliqué el arreglo.

Pues porque estaba hasta el moño, por eso. Hasta el moño de esforzarme y que no diera frutos, de pelearme con el mundo para encontrar el pequeño espacio en el que se me permitiera ser feliz. Hasta el moño de seguir convenciones sociales, buscar el amor, creer en el mérito del trabajo, ser una mujer diez y actuar siempre como si la siguiente generación de chicas jóvenes fuese a tenerme a mí como ejemplo.

Porque la vida está para vivirla, y si encuentras un atajo... Bueno, pues habrá que ver a dónde conduce, ¿no? Con todo, mi madre debería estar orgullosa de una cosa. Aunque el arreglo haya sido más bien decimonónico, he llegado hasta aquí de la manera más racional, práctica y moderna posible.

Estoy bebiendo un trago del gin-tonic cuando veo aparecer a Vanessa Schumacher al otro lado de la piscina. Los hielos tintinean cuando los dejo a la sombra de la tumbona. Viene con un vestido de noche largo y con los zapatos de tacón en la mano. Al menos se ha dado una ducha y el pelo largo y rubio le gotea sobre los hombros. Parece como si no se esperase encontrarme aquí.

Tímida, levanta la mirada y sonrío. Hace un gesto de saludo con la mano libre y yo la imito. No hemos hablado mucho, pero me cae bien, así que le indico que se acerque. Si se acaba de despertar, seguro que tiene hambre.

Vanessa cruza el espacio que nos separa franqueando la piscina. Deja los zapatos en el suelo antes de sentarse en la tumbona que le señalo. Está algo inquieta, pero siempre he sido cordial con ella, así que no tarda en obedecer y relajarse.

—¿Quieres desayunar algo? —pregunto mientras se sienta en la tumbona con un crujido.

—Vale —dice con un leve acento alemán. Tiene unos ojos grises muy bonitos que hacen que su rostro resplandezca. Es joven; debe de rondar los veintipocos y le ha sabido sacar todo el jugo a su tipazo germánico. La he visto posando en portadas de revistas de moda y corazón desde antes de que yo misma apareciera. De cerca, sorprende su aparente candidez. Cualquiera diría que es una mujer casada y curtida en este mundo de apariencias.

Le pido a una de las mujeres del servicio que le traiga el desayuno a Vanessa. Aparece con una bandeja de platos variados mientras Vanessa y yo hablamos del tiempo, de la playa y de la fiesta en la que estuvo anoche. Cuando le da el primer mordisco a una tostada con mantequilla light y mermelada de naranja amarga, aparece mi marido por la misma puerta de la que ha salido ella.

¿Veis? Os había dicho que, pese a lo anticuado del planteamiento, lo habíamos llevado a cabo con estilo y practicidad.

Javier ronda los treinta y cinco y lleva un año retirado, pero conserva la buena forma de un futbolista. Alto y fibroso, con la piel bronceada por las horas de entrenamiento al aire libre, tiene unos pectorales bien formados y una tableta de chocolate con sus ocho onzas y todo.

Aunque tiene el pecho y el abdomen cubiertos por una ligera mata de vello, parece suave al tacto y no se extiende, como en otros hombres, por los hombros y la espalda. En este caso, mi maridito se ha encargado de decorárselos con tatuajes tribales y nombres de gente que le importa. Ninguno es el mío. Y digo que su vello debe de ser suave porque nunca se lo he tocado. A decir verdad, nuestro contacto se ha limitado a ponernos las alianzas, a darnos algún que otro casto beso y a tomarnos de la mano frente a las cámaras.

El resto se lo dejo a Vanessa y a las decenas de chicas que se debe de tirar aquí y allá. Nuestro acuerdo no precisaba ningún contacto más íntimo que ese, después de todo.

Así descrito suena de lo más atractivo, ¿verdad? Un macho alfa en todo su esplendor, de los que te ponen mirando a Cuenca antes de que se te pase por la cabeza que no te ha dado ni los buenos días. Eso es porque todavía no os he dicho cómo habla.

Pero esperad, que se nos acerca. Trae una sonrisa de suficiencia en los labios bajo la barba de varios días. Ni se ha puesto pantalones, el tío, pero supongo que ni Vanessa, ni el servicio, ni yo nos vamos a escandalizar por verle en calzoncillos.

Se aproxima a Vanessa, gruñe un saludo, le roba una tostada y le pega un mordisco. Y después de mirarnos a las dos, que hasta hace un segundo estábamos charlando tan ricamente, dice con la boca llena:

—Qué bien que seáis amigas, qué bien. El próximo día te llamo y nos hacemos un trío, ¿eh, Belén?

Le falta una sobada de paquete para ganar el premio a machote bocazas del año, pero parece que está demasiado ocupado echando mano del desayuno de Vanessa como para regalarnos un gesto tan español.

Vanessa sonrío con nerviosismo, como si no supiera qué decir. Yo le doy un trago al gin-tonic para ahorrarme una lindeza. No es que el comentario me escandalice (después de todo, he tenido mi ración de desenfreno sexual y los tríos no me disgustan precisamente), pero siempre me ha parecido curioso que haya hombres que crean que esa es la mejor manera de proponer uno.

Como conozco a Javier, sé que está bastante seguro de que el universo gira en torno a su pene y que tanto Vanessa como yo tenemos que usar toda nuestra voluntad para evitar arrojarnos sobre su cuerpo semidesnudo y adorar su miembro como el motivo y fin de nuestra existencia.

A veces no puedo evitar dejarle caer que no es así, pero no quiero ridiculizarle delante de su amante. Ya lo hace él solito.

—Qué cosas dices, Javier —responde ella, y le da un manotazo cuando trata de cogerle el vaso de zumo—. ¡Vale ya, que es mi desayuno!

—¿Por qué no pides tú algo de comer? —pregunto mirándole por encima de las gafas de sol.

—Porque en la cocina no hay de lo que yo quiero —dice Javier.

Me guiña el ojo y se quita los calzoncillos sin ningún pudor. No tiene marca de bronceado; en el sótano tenemos una cama de rayos UVA a la que suele darle uso semanal. Nos deleita con una muestra rápida de su culo esculpido en piedra antes de saltar de cabeza a la piscina. Unas gotas me salpican en el tobillo y me obligan a encoger los pies.

Suspiro y me vuelvo hacia Vanessa. Ella aún le mira con cierta lujuria, pero niega con la cabeza con una sonrisa secreta. A veces me pregunto por qué, de entre todos los tíos a los que podría tirarse, ha elegido al idiota de Javier.

—Debería irme ya —dice dejando a un lado la bandeja—. Gracias por el desayuno, Belén.

—No hay de qué, mujer. Ya que eres una invitada y este zopenco no se porta como un verdadero anfitrión, algo tengo que hacer yo.

Vanessa se levanta y recoge sus zapatos.

—No seas mala. Tienes suerte de tenerle, ¿sabes?

Bufo una carcajada.

—Sí, no lo dudo.

—Lo digo en serio. Al menos le gustas. A veces me gustaría que Michel se sintiera atraído por mí.

No hay verdadera tristeza en su voz, sino quizá cierta curiosidad. Michel St. Dennis, jugador del Deportivo Chamartín y antiguo compañero de Javier, es su marido. Al igual que Javier y yo, Vanessa y Michel tienen un arreglo matrimonial muy moderno.

Vanessa, que es modelo profesional, cuenta con el apoyo económico y publicitario que necesita para continuar con su carrera. Michel, que está dentro del armario, necesitaba una fachada heterosexual que le permita seguir jugando en un equipo de Primera sin que los rumores le fastidien los contratos publicitarios ni los directivos del club se le echen encima.

Como dicen los ingleses: una situación *win-win*.

—Michel es un cielo —le respondo. Alguna vez hemos quedado los cuatro a cenar en algún restaurante para que nos saquen fotos juntos, y me cae bien—. Javier sólo me pretende porque sabe que no me interesa. Es así de narcisista. No se puede creer que no haya caído rendida a sus encantos.

Vanessa sonríe y se encoge de hombros.

—No es tan malo como crees. Adem as, es sincero.

—Mira, en eso te doy la razón. Es raro encontrar hombres así. —Doy un sorbo a mi cubata—.  Quieres que le diga a Pedro que te lleve a casa?

—No, gracias. Prefiero pedirme un taxi.

—Vale, pues hasta la próxima.

—Adiós, guapa.

Vanessa se va y me deja sola con mis gafas, mi bikini y mi gin- tonic. Y mi maridito, que está haciendo largos en la piscina en modo Michael Phelps mientras bufa y ruge como un dragón. No tengo muy claro de si se está pavoneando o sólo ejercitando, pero corta el agua con sus brazadas de nadador como si quisiera desbordarla.

A veces me pregunto si será tan entusiasta en la cama, y me imagino debajo de él en medio de una follada vikinga.  Vanessa grita tan alto por darle emoción, o porque Javier es así de bueno?

Y en todo caso,  qu  más me da? Esto es un arreglo moderno y práctico, y yo tengo una varita Hitachi que vale por cien machos ibéricos de medio pelo.

Una mujer con la cabeza bien amueblada no necesita mucho más que eso.

Javier

Disfruto de la atención de Belén durante unos largos. Después se levanta como si nada, recoge el gin- tonic y la revista insulsa que debe de haber estado leyendo y se larga.

Se larga.

Me detengo en mitad de la piscina y me paso la mano por la cara para enjuagarme el agua. Apenas puedo creer lo que veo. Estoy a cien, con el pulso como un tambor y los músculos hinchados por el ejercicio, y ella se va.  Se va!

A veces me pregunto si no me he casado con una lesbiana. O con una fr gida. Pues anda que será buena puntería. Yo, que he ganado todos los títulos que se puedan ganar en un club europeo (la Liga, la Copa, la Súper Copa, la Champions... Ya me entiendes) y que marqué el gol que nos dio la victoria en aquella final en Milán (bueno, en realidad fue de penalti y Jáuregui ya había marcado uno antes, pero ese fue el que nos aseguró que ganábamos).

La Mujer Trofeo

Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario

— Comedia Erótica y Humor —

Ah, y...

¿Has dejado ya una Review de este libro?

Gracias.